

KARL Y ANNA

LEONHARD FRANK

*Publicada por primera vez en 1927,
esta novela proporcionó fama
mundial a su autor.*



Lectulandia

En plena Primera Guerra Mundial, Richard, el marido de Anna, sobrevive y trabaja con Karl durante meses en un campo de prisioneros siberiano. Día tras día, para hacer más llevadera su situación, le narra a su inseparable compañero cada detalle, esencial o sin importancia, de su pasada vida con Anna, a la que añora continuamente. La situación de desamparo, las vívidas evocaciones de Richard, la nostalgia de un amor verdadero lograrán al fin que Karl se enamore de esa imagen femenina que con el tiempo ha adquirido para él rasgos cada vez más reales, con sus texturas y olores, con sus deseos y anhelos; una imagen que lo impulsa también, al fin, a vivir y renacer tras el desastre.

El azar separará a ambos amigos, y Karl huirá hacia Alemania para conocer al fin a Anna y hacerse pasar por su marido, sirviéndose de su parecido físico con Richard y de las terribles inseguridades provocadas por la guerra. ¿Engaño o verdad más alta que la verdad? Es ésta una narración que huye de términos como verosimilitud y mentira y consigue que una historia de amor sea también una novela filosófica; una novela que se sirve de muchos de los recursos del teatro del barroco para tejer no una historia de confusiones y apariencias sino una profunda reflexión, emocionante por momentos, sobre el poder consolador y renovador del amor y el poder incontestable de las palabras.

Lectulandia

Leonhard Frank

Karl y Anna

ePub r1.0

Titivillus 04.01.2019

Título original: *Karl und Anna*
Leonhard Frank, 1927
Traducción: Elena Sánchez Zwickel
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

I

Por encima de la lejana, muy lejana, curva planetaria que es el horizonte en la estepa, en la frontera entre Europa y Asia, surgió, más pequeño que un pájaro cantor, un punto que se aproximaba a los dos hombres a gran velocidad, pero que parecía, sin embargo, permanecer inmóvil en el mismo lugar de su azul lejanía, tan poderosamente grandes eran allí el cielo y la tierra.

A pesar de la rapidez de su vuelo, el avión tardó un cuarto de hora en hacerse reconocible como tal. Se mantenía siempre a la misma altitud y, sin embargo, parecía ascender en un vasto arco hacia el cielo.

Al volar sobre los dos hombres, a través de la centelleante atmósfera, vio el aviador una gigantesca cruz negra, cuyos brazos, de varios kilómetros de longitud, surcaban la estepa: un foso longitudinal y un foso transversal, cavados por aquellos dos hombres en la oscura tierra esteparia.

El aviador no podía adivinar a qué fin obedecían, en la estepa inhabitada y solitaria, aquellos dos fosos en cruz. Prosiguió su vuelo hacia el oeste, siempre a igual altura, pareciendo deslizarse ahora hacia la tierra en un inmenso arco, y al cabo de un cuarto de hora se hundió de nuevo, diminuto pájaro cantor, en el horizonte de la estepa.

Los dos hombres se quedaron otra vez solos en medio de la gran soledad.

Tampoco ellos sabían a qué fin respondía aquella cruz. Suponían tan sólo que, años atrás, se había proyectado la construcción de una presa para poder inundar la estepa en un momento dado y dificultar así un posible avance de las tropas enemigas.

Prisioneros al poco de estallar la guerra, habían sido enviados a aquel lugar con una barraca móvil de chapa de cinc ondulada y provisiones, renovadas cada mes, y habían trabajado allí durante cuatro veranos sin que nadie los vigilara ni supervisara su trabajo. Habían hecho muchas y largas pausas, a menudo dormitando la mitad del día sobre la hierba esteparia, pero volviendo siempre de nuevo a la tarea. El hombre no sabe estar sin hacer nada.

Los pájaros revoloteaban sin cesar de aquí para allá en busca de alimento. Entre las miríadas de voces confundidas del canto de los grillos se afirmaba un profundo silencio, como si la tierra hubiese llegado al mediodía de su vida y permaneciese ya quieta, a la escucha.

El pico cortó en dos un gusano. El hombre extrajo el pedazo enterrado y lo arrojó a lo alto. Un pájaro lo atrapó al vuelo.

—Yo dormía siempre del lado de la pared y nunca la sentía levantarse. Tanto cuidado ponía en no hacer ruido...

—Ya me lo has contado también. No te despertabas hasta que comenzaba a silbar la llave del gas.

—Sí, con un largo silbido monótono. Todos los días me proponía arreglarla, pero nunca lo hacía.

El casado continuó manejando la pala. Se había dejado crecer la barba, lo que le daba un aspecto selvático. El otro, tumbado cerca de él, mordisqueaba un tallo de hierba tras otro.

—¿Cómo puede ser que tenga el pecho blanco, blanco, y en cambio las caderas y el vientre morenos?

Y como el casado permaneciera en silencio:

—Como el bronce, dijiste.

—Cuando la posees, todo se te borra del pensamiento.

Y sólo al cabo de media hora —los pájaros habían levantado varias veces el vuelo sin razón visible, para posarse en bandada sobre otros lugares de la estepa y también en bandada retornar— continuó:

—Pero pronto hará ya cuatro años. Muchas veces no sé ya cómo es. No veo ya su cara. No la veo, Karl. Todo se va borrando. Sólo en sueños. Entonces, sí. Y tan viva que me parece poder cogerla entre mis brazos.

—Yo sé muy bien qué aspecto tiene. Toda ella. Y cómo es. ¡Toda!

—Pero no la has visto nunca. Con ese avión estaría pronto a su lado. Y eso que no está nada cerca... ¡No hay quien resista esto! ¡Cuatro años!

—Por lo menos tú tienes en el mundo a alguien que piensa en ti.

—Eso sí es verdad.

—Alguien que vive para ti. En cambio yo... cuando lo pienso... nadie, absolutamente nadie.

—Sí, me espera. A menos que haya reventado ya.

—¡No, no ha muerto! —exclamó con rápido sobresalto el hombre tumbado, y volvió luego a recostarse, perdiendo su mirada en la estepa. Veía a aquella mujer a la que nunca había visto, la veía en aquel cuartito en el que jamás había puesto los pies, limpiando el polvo de la cómoda y yendo después a la vieja otomana para estirar, inclinada sobre él, las arrugas del cobertor. Sabía que la otomana quedaba un poco de través en la habitación y conocía el color y los dibujos de aquella tela.

—Oye, Richard, dime: si tu mujer estuviese aquí ahora, ¿me la dejarías una vez?

El casado apoyó ambas manos en el mango de la pala y la barbilla sobre las manos.

—Si estuviera aquí...

Le era imposible aprehender aquella idea.

—¡Di!

Richard miró primero largamente a su compañero echado en tierra.

—Porque también tú estás en esta maldita miseria... quizá... una vez, quizá... Pero a la segunda te rompería la cabeza con el azadón.

—¿Crees que la llave del gas seguirá pitando?

La sombra de una nube avanzó sobre la tierra. El coro de grillos fue refluyendo estepa adentro hasta enmudecer. Todavía, muy cerca, un breve chirrido aislado. El último grillo calló. En el silencio absoluto, de pronto se hizo perceptible a cada uno de los dos hombres el latir de su propia sangre. A lo lejos, la estepa, inundada aún por el sol, centelleaba aquí y allá como brillante oro fundido.

La sombra de la nube palideció y se desvaneció vencida por el deslumbrante sol. El canto estival, miríadas de voces, comenzó de nuevo, ondeando de horizonte a horizonte. Ni un tallo de hierba se movía.

—Pero Anna no lo haría. No es para los demás... Ya te he contado que fui yo quien la desvirgó, y cuánto me costó. Y también te he dicho que por entonces Anna ya tenía veintitrés años. No hay que olvidarlo... No, querido, no.

Habitualmente silencioso, lo había contado todo, sin embargo, durante aquellos cuatro largos veranos, siempre a solas con su añoranza. En el recuerdo, hasta lo más penoso, la lucha cotidiana por el pan y el cobijo, le parecía bello. Pues ahora todo era soledad, pesadumbre, severidad, presente.

Karl, su camarada en esta soledad, sabía que el colchón de la cama estaba dividido en tres partes, que las caderas de Anna describían una amplia curva ondulada, que su temperamento tenía siempre que vencer primero su pudor, que entonces demostraba ser una mujer de una pieza, pero que generalmente era tranquila, mañosa y limpia. Sabía que el atizador tenía un mango de latón y Anna tres lunares oscuros, como de terciopelo. Conocía el lugar de la estufilla y del atizador, y el de los tres lunares. En él, que no tenía nada ni a nadie en el mundo, había nacido la imagen de Anna.

—Pero ¿y si te ha engañado y está ya con otro? Cuatro años son mucho tiempo para una mujer que tiene sangre en las venas, Richard... Tú tampoco hubieras holgazaneado si entre estos hierbajos hubiese habido mujeres y no sólo grillos.

—Voy a decirte una cosa que quizá no sepas todavía. Cuando Anna y yo nos trasladamos a la ciudad y tuvimos la suerte de encontrar una casita tan apañada, la amueblamos enseguida comprando los muebles a plazos. Una semana más tarde me movilizaron.

—Todo eso lo sé también. ¡Un plazo de seis marcos al mes!

—Sí, pero cuando no sospechábamos siquiera que yo pudiera verme obligado a partir, nos dijimos que era preciso hacer un esfuerzo por mantenernos en aquella casa. Si lo conseguíamos, todo iría bien. Así que pienso que mi Anna no lo habrá olvidado. Seguramente no tenga tiempo de pensar en otras cosas. Tendrá que afanarse mucho para conservar la casa en pie.

—Quizá precisamente por eso...

—¡Para lo que a ti te iba a importar! Y lo que es a Anna, la... Pero estoy seguro de que no es capaz de algo así.

Alzó muy alto el azadón y lo dejó caer con ímpetu.

Su añoranza y el sentimiento de impotencia lo habían llevado ya muchas veces a prolongar aquella cruz inútil. También ahora le ayudó el trabajo a reprimir sus dudas.

Con dos años, Karl cogió un día el sombrero nuevo de su madre, lo adornó con dos largas cintas y, enganchándose a ellas como el caballo a las varas del coche, lo arrastró por el patio a través de los charcos. Desde entonces, el don de la fantasía le había procurado más penas que alegrías. Ahora permaneció inmóvil sobre la hierba, atormentado por las imágenes que poblaban su cabeza, hasta que el sol se aproximó al ocaso. El azadón de su camarada proyectaba, al alzarse, una sombra gigantesca.

En el horizonte, hacia occidente, refulgía el incendio. La dorada rueda que gira eternamente no se posaba aún sobre el mismo horizonte. Ya sólo las puntas de los tallos de hierba parecían doradas. Más allá, la estepa tomaba un profundo tono verdinegro, y en el lejano horizonte oriental subía ya la noche. Los grillos alborotaban. El calor olía húmedo.

Como el cerrajero que, en la tarde de descanso, ordena su banco para el día siguiente, extrajo Richard a paletadas la tierra suelta que quedaba en lo hondo del foso, y se puso la chaqueta.

Al cabo de un cuarto de hora de marcha, las botas crujían de humedad. El cielo había palidecido. La barraca se alzaba perdida en la inmensidad gris.

A la mañana siguiente se encaminaron al campamento de prisioneros para recoger sus provisiones. Aquella jornada de marcha la habían hecho durante los cuatro veranos una vez al mes, ida y vuelta, andando uno detrás de otro. Cada vez, la hierba había vuelto a alzarse. Únicamente quedaba un sendero apenas perceptible.

Karl y Richard, mecánicos montadores los dos, eran de la misma estatura y tenían ambos la oscura tez de todos los obreros del metal.

En el campamento se disponía el traslado de un grupo de prisioneros.

—Tomaremos a uno de estos para completar el número —dijo el vigilante, y designó a Richard.

Cinco minutos más tarde, sin haber tenido tiempo de despedirse de Karl, se encontró Richard con otros prisioneros camino de la estación. Desde allí, el tren los llevó al Este durante varios días.

II

Al día siguiente de la partida de Richard, Karl se fugó del campamento de prisioneros. El anhelo que le impulsaba hacia Anna le arrojó al camino.

La resolución de sorprender a Anna en su cuarto, saludarla como si fuera su mujer y afirmar ser su marido, ser Richard, le había sido impuesta por el miedo a no poder conseguirla para siempre de ningún otro modo. No pensaba en una aventura pasajera. Su naturaleza demandaba, con ansia instintiva, a alguien para quien poder ser la vida entera y que pudiera serlo a su vez para él.

Sólo muy superficialmente pensó Karl que tenía igual oficio que Richard, la misma estatura, igual color de ojos y de pelo, la misma tez bronceada y hasta las mismas cejas singularmente pobladas y arqueadas.

Conocía el pasado de Anna con Richard en todos sus detalles y tan exactamente como si lo hubiera vivido. Anna llenaba todo su ser. Había llegado a constituir en su imaginación la patria natal que todo ser busca cerca de otro. La amaba.

Sólo tres meses después del día de su evasión del campamento llegó Karl a la ciudad en que residía Anna.

Siempre angustiado por el temor a ser atrapado, había recorrido a pie la inmensa distancia, a través de la noche y los bosques, de escondite en escondite, pasando varias fronteras, siguiendo el curso de los ríos bajo el fuego del sol, y durante todo este tiempo sólo había dormido bajo techo unas pocas noches.

Las primeras casas de la periferia se alzaban sombrías, diseminadas en las rastrojeras otoñales. Karl no conocía la ciudad, pero sabía muy bien cuál era el aspecto de la casa y su número: Anna no vivía lejos de allí.

La lluvia vespertina había lavado el polvo del rostro y de los pies del repatriado.

Entró en una barbería, dejó su hatillo —envuelto en papel de periódico, que se había calado por la lluvia, y sujeto por una correa— sobre una silla y colocó encima su sombrero. El barbero colgó el sombrero en una percha e indicó a Karl un asiento: «Tenga la bondad...».

Durante su cautividad, Karl había seguido afeitándose todos los sábados y había dicho a Richard muchas veces: «Si antes siempre ibas afeitado, y después de tantos años, te presentas un día con esas barbas, a Anna al principio le costará reconocerte».

Lleno de la impaciencia y la alegría de un hombre que, después de una larga separación, vuelve al lado de su mujer, a la que ama, corrió Karl calle abajo hacia la casa de Anna, en cuya planta baja había una zapatería.

En el escaparate se veían tres pares de botas viejas, un florero caído y roto y un gato dormido. Aquella tienda ofrecía un aspecto muy distinto del que Karl había imaginado. Según la descripción de Richard, cuatro años antes había expuestos, por lo menos, doscientos pares nuevos, provisto cada uno de ellos de un cartoncito azul con el precio en grandes números amarillos, y en primer término, en el centro mismo

del escaparate, sobre un cristal, un par de zapatos de charol, singularmente grandes, con una caña amarillo claro, y un cartelito que decía: «Muy elegante».

«Entre tanto hemos vivido una guerra», pensó Karl, sintiendo, sin saber por qué, un repentino miedo que le apretaba el estómago. La alegría y la impaciencia habían desaparecido.

«Segundo patio, entrada de la izquierda, piso segundo, segunda puerta a la izquierda». Al subir contempló las paredes de la escalera, decoradas con un dibujo cuyo modelo le había reproducido Richard un día, y todas descascarilladas. La opresión que contraía su estómago no desaparecía. Quiso irse y volver más tarde.

Subió lentamente los dos últimos escalones, miró a su alrededor, dio unos pasos más, se encontró ante la puerta y leyó el nombre.

Dentro de sí, la imaginó trajinando delante del hornillo de gas, con la cabeza ligeramente inclinada hacia adelante, dejando ver la nuca. La vio ir hacia la mesa y volver luego al fogón. Sus gestos, que nacían y terminaban rebosantes de vida, le eran profundamente familiares.

Karl tenía una representación tan precisa de la imagen de Anna, que le hubiera bastado entreverla fugazmente y de lejos, en medio del trasiego de la calle, para reconocerla en el acto.

Presa de una inmensa angustia, se pasó la mano, firme y grande, de obrero, entre el cuello de la camisa y la garganta. De pronto se vio bajando las escaleras.

Pero ya había llamado y abierto la puerta.

«... ¡Anna!».

Anna se desplazó desde la ventana al centro de la habitación y cogió un plato de la mesa.

Karl supo entonces que incluso la imaginación más ardiente puede ser superada por la realidad viva y plástica de un ser cuyos mudables rasgos se hallan enlazados por la sangre a la vida, son propiamente la vida misma; un ser cuya forma se destaca sobre el fondo, y cuyos movimientos cortan el espacio que lo rodea.

Karl sintió escalofríos. La alegría desbordó sus ojos.

—¡Anna! ¡Anna! ¿No me reconoces?

Y no mentía.

Ante aquella alegría se desvaneció el miedo que había sobrecogido a Anna. Sintiendo este alivio, preguntó, curiosa y desembarazada:

—¿Quién es usted?

Anna llevaba, sobre las caderas y los pechos altos, un vestido de algodón azul desteñido por los lavados y descolorido por el sol. Su rostro sencillo, de sólida estructura, hubiera podido servir a la naturaleza de modelo para el tipo de mujer fuerte, cálida y sin dobleces.

Como antes, en la barbería, Karl dejó el hatillo sobre una silla maltratada por el uso, y colocó encima el sombrero:

—Tengo que lijar y repintar estas sillas. Ya te dije que el color no resistiría mucho tiempo.

Anna recordó enseguida esta observación de su marido. Una gran confusión se apoderó de ella.

—¿De modo que aún no me has reconocido?

—Pero ¿quién es usted?

Karl palideció. Hasta sus labios perdieron color. «Richard», dijo.

Anna retrocedió, apoyando una mano en la mesa.

—¿Mi marido?... No, no, usted no es mi marido.

—¡Anna!

Karl, sintiendo que la emoción le doblaba de repente las rodillas, dio unos pasos y se dejó caer sobre una silla. «¡Anna!».

Su tono la conmovió.

Como una mujer que, hasta en los momentos en que el destino le hace sentir todo su peso, continúa atendiendo las pequeñas faenas cotidianas, fue Anna al hornillo de gas, colocó en su sitio el bote de la sal, recogió tres cerillas apagadas y permaneció luego inmóvil durante algunos instantes, con la cabeza baja, en la misma actitud en la que poco antes la había visto Karl con su mirada interior.

Su expresión, al volverse después, fue como si hubiera estado en una habitación contigua y retornase ahora a ésta.

En sus pómulos, de una blancura lechosa, habían surgido dos manchas rojas.

Su naturaleza pura y sin malicia no le permitía negar todo crédito, aun contra su propia convicción, a un hombre que le hablaba con aquella entonación. Su mirada era la de una mujer atacada con violencia y que no puede defenderse.

—¿Es que no me crees, Anna?... Y yo que no tengo en el mundo a nadie más que a ti.

Por su sonrisa cruzó la cálida corriente de la vida, con todos sus dolores y todas sus alegrías, y la mentira se hizo en él verdad cuando añadió: «Eres mi mujer».

Anna sabía que aquel hombre no decía la verdad, pero al mismo tiempo oía palpar en sus palabras un sentimiento verdadero. Cruzadas las manos por debajo del pecho, permaneció desconcertada al advertir que aquel desconocido, sentado allí, en su hogar, con el pecho inclinado hacia adelante, no le era totalmente ajeno.

De pronto, se dirigió hacia el armario:

—¡Dios mío! ¿Por qué dice eso?

Rebuscó en el cajón y le entregó a Karl una tarjeta postal amarillenta. «¡Tanto tiempo ya! ¡Cuatro años!» y volvió a cruzar las manos bajo el pecho.

Karl leyó el oficio de las autoridades militares comunicando que Richard había caído muerto el 4 de septiembre de 1914. Luego volvió una y otra vez la postal entre sus manos, la leyó de nuevo y sonrió:

—No es cierto, Anna. No es cierto.

Y cogiendo una de sus manos, continuó:

—¡Qué cosas escribe esta gente!... ¡Créeme a mí!

Parecía tan conmovido y tan lleno de alegría que Anna tardó un segundo en retirar su mano, con el rostro sobresaltado y sintiendo al mismo tiempo la loca esperanza de una mujer a quien, al poco de morir su compañero, se le presenta de pronto la posibilidad de creer que el amado va a aparecer, como de costumbre, en la puerta.

Intentó cambiar la situación:

—Tal vez tenga hambre...

Y, al momento siguiente, pensó: «Tengo que echarle de aquí. Pediré auxilio a los vecinos». Sin embargo, cortó pan, trajo un cuchillo y un tenedor, y le sirvió un trozo de salchicha en un plato. ¿Quería que le mondase la manzana?

—Ya lo sabes de siempre.

Con la rapidez del pensamiento, afluyó la sangre a su frente. Mondó la manzana, la partió en cuatro y extrajo con maña el corazón.

En la vida de Karl ésta era la primera vez que una mujer amada hacía algo por él.

Cuando Anna levantó los ojos y vio aquella emoción, una fugitiva sonrisa, apenas perceptible, nació y se extinguió rápida en la profunda gravedad de su semblante. Acercó un poco más el plato a Karl.

—¿Qué ha pasado con el viejo tenedor? El que no tiene más que tres púas y una más corta que las demás.

Como en un sueño, Anna abrió el cajón y trajo el tenedor.

—¡Aquí está! —dijo Karl alegremente, y alzó sus ojos hacia Anna, que se dejó caer sobre una silla. Le parecía estar soñando.

Estaban sentados bajo la luz, aislados del mundo exterior por las cuatro paredes. El mechero de gas zumbaba. A la derecha se encontraba la cama; enfrente el aparador, y contra la pared del fondo, un poco de través en la habitación, la vieja otomana. La pequeña ventana era cuadrangular. El cuarto olía a frutas en conserva y al fresco aroma de la harina. Seis compoteras adornaban una repisa.

Cuando dos personas han vivido constantemente juntas años enteros, cada una de ellas toma de la otra pequeñas particularidades: ademanes y palabras. Anna miró atónita a Karl al advertir que también él cortaba el pan en largas rebanadas.

Karl y su anhelo, su tono y su sentir habían irrumpido como la vida misma, tan deseada, en su largo abandono solitario, y habían despertado en ella sentimientos que estaban en abierta contradicción con su entendimiento. En los breves momentos en que no pensaba, creía.

—El lunes que viene buscaré trabajo... ¿Te parece bien?

Anna pensó: «No tendré ya necesidad de ir a la fábrica. Todo podrá volver a ser como antes. O quizá mejor...».

—¿Por qué se empeña en afirmar que es mi marido? ¿Por qué dice eso?

—¡Pero Anna! ¡Anna!

—¡Lo quería tanto! Siempre fue bueno conmigo. ¡Siempre! Eso no podré olvidarlo nunca. Nunca podré olvidarlo.

Una ola de celos despojó a Karl de su confianza en sí mismo. A partir de este momento comenzó a mentir conscientemente, impulsado por el miedo de perder a aquella mujer, a la que creía haber conquistado ya.

Rechazó el plato y miró a su alrededor:

—Estos visillos son nuevos. Los primeros que compramos eran amarillos. El tendero dijo que nos llevábamos una ganga. ¿Te acuerdas?

—¡Dios mío! ¡Ya lo creo que me acuerdo!

—¿Y qué pasa con los plazos de los muebles?

—Los he pagado todos en estos cuatro años.

Karl se tiró de una ceja como otros lo hubieran hecho del bigote, un gesto que también había tomado de Richard, y que Anna observó, desconcertada.

—Entonces podremos comenzar de nuevo nuestra vida sin grandes preocupaciones. Todo irá bien, Anna... Mírame... Anna, mírame, te lo ruego.

La cabeza de Anna cayó sobre sus brazos, apoyados en la mesa.

—Tendrás que acostumbrarte.

Bajo la mano de él, que le acariciaba el pelo sosegadamente y con ternura, se tranquilizó poco a poco el tembloroso cuerpo.

Anna se levantó. Su expresión se había hecho más dulce y a la vez más firme. Quitó la mesa.

Karl permanecía silencioso en una esquina, con la cabeza baja.

En ese momento, una palabra inoportuna, un tono disonante habrían abierto entre él y Anna, como una cuchilla, un corte irremediable.

En toda su actitud —cómo ordenó de nuevo la mesa; cómo, con naturalidad, lo rozó varias veces con la mirada; cómo, en fin, cerró la ventana y corrió las cortinas— vio Karl que Anna había decidido ya su postura ante los acontecimientos, disponiéndose a esperar lo que de ellos resultara.

Fue respondiendo amablemente a sus preguntas: que trabajaba en una fábrica de cajas de cartón, cuánto ganaba; todo ello mientras arrancaba las flores mustias de las dos matas de geranios.

Pero ya no quedaba nada que hacer. Estaba preparada para acostarse. Se quedó de espaldas a la ventana, apoyada contra el alféizar.

Entre ambos surgió una tensión embarazosa, como entre dos enamorados que no han llegado a intimar aún y se encuentran casualmente solos en una habitación.

—Poseo exactamente treinta y cinco céntimos —exclamó Karl con repentina explosión de alegría.

La mano de Anna se extendió indicando: «Puede usted dormir allí, en la otomana», y volvió a apoyarse enseguida en el alféizar.

Cuando la mirada de Karl volvió desde la otomana hasta Anna, la encontró ya ante el cajón de la ropa blanca. Anna escogió las mejores sábanas y puso una funda

limpia a una de las almohadas de su cama.

—Lo mejor será acercarla a la pared.

Juntos colocaron la otomana contra la pared. Anna se inclinó para extender las sábanas, exactamente como Karl la había visto, tumbado en la estepa, a miles de kilómetros de allí.

—Apago —dijo ella cuando la habitación ya había quedado a oscuras.

A medio desnudar aún, él permaneció inmóvil durante un instante, acechando el ligero ruido producido por Anna. Pero ella se quedó quieta en el acto, manteniendo una pierna sobre la otra y las manos en la media que aún no había terminado de quitarse.

Acostado ya, con las manos cruzadas bajo la cabeza y los ojos abiertos, a la escucha, preguntó, al no oír ningún ruido:

—¿Te has acostado ya?

Tuvo que repetir la pregunta. En la breve afirmación de Anna sintió que también ella mantenía los ojos abiertos.

El velado rumor de la ciudad, puntuado aquí y allá por oscuros bocinazos, circundaba el profundo silencio de la habitación.

Temerosa de que los sonidos dieran pie a la intimidad, Anna permanecía inmóvil en la cama. Sólo cuando advirtió que la respiración de Karl se hacía rítmica varió sigilosamente su postura, que le resultaba ya incómoda.

Hacía muchas semanas que el repatriado no había dormido entre sábanas limpias. Los músculos de sus piernas se contraían de fatiga. Márgenes ribereñas, vastas superficies de agua cabrilleantes, pendientes rocosas, el bosque sombrío, la blanca carretera interminable, vistas lejanas y precisos detalles inmediatos corrían a través de su sueño como una película sobre la naturaleza cortada en mil pedazos y recompuesta luego de un modo arbitrario.

Pero, de pronto, el paisaje natal, tan profundamente familiar, se abre al durmiente. Tiene diez años y sale con su padre de la ciudad, encaminándose campo a través hacia el pueblo, que se alza entre suaves ondulaciones del terreno en la fresca mañana de domingo.

Entran en la posada del pueblo y se sientan bajo un viejo árbol, junto al jardín, plagado de flores de distintos colores. Fuera pasa de nuevo el campesino en la calma dominical de la aldea. Saluda.

El padre bromea con la hija del posadero y la agarra, como entonces, del brazo.

—No la toques —dice Karl—. Es Anna.

El padre retira la mano en el acto. La hija del posadero rodea entonces el cuello de Karl con uno de sus brazos y le acerca el hondo vaso de leche con atención maternal.

Una serena sensación de feliz seguridad sacó a Karl de su sueño.

Anna dormía.

Repentinamente invadido por el sentimiento de una responsabilidad querida sobre todas las cosas, Karl espío, anegado en reconocimiento, el misterio de un ser que respira dormido. La gratitud lo embargó.

III

Richard está sentado encima del catre, en la barraca de chapa de cinc.

—Atiende.

Frunce los labios e imita, para Karl, el silbido del hornillo de gas de su casa.

El tren se precipita, negro, en la llanura y huye hacia el horizonte, delgada línea a través del verdor. Karl escucha el silbido de la locomotora, prolongado, lejano y apenas perceptible, que sale de los labios de Richard, cuidadosamente fruncidos, y abre los ojos.

El sol matinal penetraba en la habitación. Sobre el hornillo de gas, en el que el mechero obstruido silbaba monótonamente, hervía el agua para el café en un puchero de aluminio. La cama de Anna estaba vacía, con el embozo hecho.

—¿Cuatro? Como nunca me pedía usted más de dos... —El panadero extrajo del montón dos panecillos más, bien doraditos, como a Anna le gustaban—. ¿Y ahora, de repente, necesita usted cuatro?

Una súbita alegría hizo brotar de lo más hondo de su ser una sonrisa en su rostro ruborizado. Sus dientes formaban dos grandes arcos, iguales y blancos.

Anna tenía el cutis lechoso de las pelirrojas, aunque su espesa cabellera apenas presentaba sino un ligero matiz rojizo. Sobre las aletas de su nariz se marcaban, cerca ya de los ojos, algunas pecas.

Los cien mil movimientos ejecutados a diario durante años enteros en la fábrica de cajas de cartón habían dado a sus ágiles manos la fina esbeltez de las mujeres con clase, todas ellas producto de la selección natural.

Aquella mañana había calzado sus pies, más bien pequeños para su estatura, con los mejores zapatos que tenía. Cuando abrió la puerta, llevando el gran cántaro de arcilla blanquecina lleno hasta los bordes —vestía un ligero traje de verano y su cuerpo, redondeado bajo la tela, conservaba la inocencia natural del desnudo—, encontró a Karl inclinado sobre el hornillo de gas.

«Esto ya quería yo arreglarlo antes», pensaba. El efecto de la presencia de Anna fue tan intenso que no llegó a pronunciar las palabras que en aquel momento no hubieran sido, para él, una mentira.

Anna parecía adornada, como si llevase flores.

Absorto, miró fijamente a aquella mujer, blanca y fresca, de pie en el umbral de la puerta, y se cerró con un gesto instintivo la camisa, abierta sobre el pecho moreno, musculoso y velludo. No se había puesto la chaqueta. Tan sólo los pantalones y el cinturón. Su camisa blanca estaba completamente arrugada. El día anterior, al bañarse en un río, había lavado también en él la camisa, poniéndola luego a secar al sol.

Aunque estaba afeitado y limpio, todavía tenía adherido a su cuerpo el olor selvático de los torrentes, los bosques y el largo camino. Así era como había entrado en la civilización, en la que había una cama, cuatro paredes y Anna.

Anna dijo: «Buenos días», y su voz armonizaba con su aspecto, su andar, su cuerpo y su boca.

El movimiento que hizo para dejar el cántaro, inclinándose con cuidado porque debajo del mismo brazo llevaba la bolsa de papel con los panecillos, reveló todo su cuerpo.

Puso la mesa para el café con todo esmero, como para una fiesta íntima. Contempló luego su obra y, para terminar, plegó cuidadosamente dos servilletas de papel. En pie, junto a la ventana, había un hombre que la miraba.

El embarazo de la noche pasada había desaparecido. Anna parecía totalmente transformada, como si durante su sueño de aquella noche hubiese adquirido el sentimiento de estar preparada para la vida.

Karl la seguía con una mirada atenta y fija. Y cuando Anna quiso pasar a su lado para coger la compotera no encontró ya tiempo ni palabras para solicitarla.

El cuerpo de Anna tembló en el abrazo como el árbol tiembla antes de la tormenta.

Con un brazo rodeando todavía el cuello de Karl, se dejó caer sobre la silla:

—Come primero.

Karl escuchó la promesa.

Anna preparó el pan y se lo ofreció con la mirada.

Ella no podía comer. Con las manos en el regazo, lo miraba.

—¡Qué manos tan finas tienes! ¡Como una señorita!

Anna se levantó confusa y se acercó a la ventana.

Lentamente avanzó él hacia su sonrisa de agitación y consentimiento; lentamente rodeó su talle. Así enlazados, permanecieron inmóviles y silenciosos.

Tampoco resonó ni una sola palabra cuando Karl levantó la vista y encontró y tomó una y otra vez los labios entreabiertos y temblorosos de Anna.

La fina tela se ceñía, demasiado tensa, a los hombros y al pecho. Karl desabrochó los botones. Sonriendo débilmente soltó Anna por sí misma las hombreras de su camisa y, mientras la camisa caía, cayó ella en brazos de Karl. En la cama, sobre las blancas sábanas, brillaba generosamente el sol.

Karl retrocedió unos pasos y se subió el pantalón con ademán resuelto. Le parecía una suerte que existiesen las puertas, que hubiese una puerta con su cerradura y una llave que podía girarse.

Luego volvió hacia la mujer tendida bajo el sol, y sintió que no había felicidad comparable a la de saberse seguro de la mujer amada y de su entrega.

Saboreando aquella certidumbre se mantuvo inmóvil hasta que Anna, inundada por su mirada, saltó hacia él como una trucha y lo atrajo hacia sí.

En los seis cuerpos de edificio que, juntos, daban forma a tres patios y constituían un siniestro bloque de viviendas, habitaban más de cien familias de obreros,

hacinadas allí por el destino de la guerra, que había impuesto a todos las mismas cuitas, la misma miseria, el mismo pan y las mismas enfermedades.

Al llanto de los niños de pecho —que resurgía siempre aquí y allá como el croar de las ranas entre los juncales, resonando a coro minutos enteros y no cesando nunca del todo durante mucho tiempo— lo acompañaban aquella mañana de domingo melodías ágilmente ejecutadas en una armónica.

Una adolescente saltó de la cama, hizo sonar un agudo timbre de bicicleta sujeto al alféizar de la ventana abierta y se llevó una mano al oído.

Un segundo después, otra chica, vestida sólo con el camisón, apareció en la ventana de enfrente, apretó también un timbre de bicicleta y transformó su mano en un teléfono:

—Aquí Elfi.

—Buenos días, Elfi. Aquí Alma. ¿Has dormido bien?

—¡Ah! ¿Eres tú, Alma? Encantada de oírte.

Las amigas vivían en el mismo piso y al *telefonearse* se miraban a los ojos. El patio no tenía más de cinco metros de ancho.

—¿Qué te vas a poner hoy, Alma? Yo pienso ponerme el vestido azul.

—Ya me lo figuraba. Yo, el amarillo.

Cada una de ellas tenía un único vestido de domingo, y para aumentar su guardarropa a veces se los intercambiaban.

—Supongo que esta tarde iremos al cine... Pero ¿qué es ese ruido tan molesto?

En las habitaciones del cuarto piso que ocupaba la amiga de Anna —a quien había llamado ya varias veces a través del patio, sin obtener respuesta—, el disco de caucho negro con el perro delante de la bocina daba vueltas en el gramófono y trompeteaba la marcha militar a cuyo son habían partido millones de hombres.

—Estos ruidos son insoportables. Cuelgo el aparato. Luego volveré a llamar. Adiós.

Elfi hizo sonar el timbre. El de Alma dominó por un momento la música militar. Desaparecieron ambas.

En las profundidades del patio, sobre el suelo de cemento, un chiquillo rubio, pálido, de unos cuatro años, se desgañitaba cantando: «Mariechen ha tenido un niño, pero no sabe de quién es».

Alguien llamó a la puerta. Anna se incorporó sobresaltada en la cama, una mano sobre el corazón. Echaron el periódico por debajo de la puerta.

—Antes eras distinta en esto, Anna. Te daba más vergüenza.

Karl, tumbado de espaldas, con la mirada perdida en el techo, daba vueltas a la idea de que Anna se había mostrado mucho más pudorosa con él en el pasado.

—¿Te acuerdas de la serie de dificultades que antes ponías siempre hasta... hasta llegar tan lejos? Además, te colocabas de otra manera.

Anna hizo un brusco movimiento de huida y se quedó mirando fijamente a Karl, desconcertada al ver que también sabía aquella íntima peculiaridad suya. Su rostro,

agrandado por la estupefacción, quedó vacío, como si le hubieran extraído la facultad de pensar.

—De una manera completamente distinta...

Con una suave presión dobló Karl la rodilla derecha de Anna, que, después de resistir un poco, cedió, doblándose hacia afuera, y atrajo hacia sí su hombro derecho:

—Así era...

La cabeza de Anna cayó espontáneamente hacia atrás. Aquella postura habitual de pronto hizo surgir en ella todo su pasado con Richard. En el momento de entregarse murmuró su nombre, convencida por vez primera de que el hombre que tenía entre sus brazos era realmente Richard. El pasado y el presente confluyeron también para ella en una ininterrumpida unidad.

Durante las horas siguientes Anna tuvo que realizar un intenso esfuerzo interior para seguir creyendo que Karl era su marido. En aquellas horas advirtió que, si el ser humano no tiene el poder de hacer surgir en él una idea determinada, es, por lo menos, capaz de mantener lejos de sí otra que trata de imponérsele.

En el pecho, por encima del estómago, se hallaba el músculo psíquico que había de contraer con fuerza si quería mantener lejos de ella aquel crítico pensamiento que de continuo la asaltaba: el de que Karl no era Richard.

Karl, plenamente dominado por su amor, permanecía inasequible a tales dudas. Acariciando a Anna en silencio y recibiendo de ella caricias que le embriagaban de alegría, pensaba ya cómo podría crear con energía y trabajo las bases de su vida común.

Richard había trabajado una semana —desde el día de su traslado a la ciudad hasta la declaración de guerra— en los talleres de maquinaria de Kipp und Gräf, pero sin que el jornal asignado llegara a satisfacerlo. Mientras Anna se vestía, Karl dijo que no volvería a trabajar en aquella maldita fábrica de Kipp und Gräf: pagaban demasiado poco.

Anna se estremeció, herida de repente por un intenso recuerdo, que, sin embargo, quedó sumergido en el acto. Experimentaba todavía la sensación de flotar por encima del suelo: un estado tan exclusivamente sensorial y tan agradable que tampoco ahora pudo abrirse paso el pensamiento crítico.

Al bajar a la calle —pues aún tenía que hacer algunas compras para el almuerzo—, la escalera le pareció cambiada y, sin embargo, familiar; pero, a pesar de aquella familiaridad, singularmente diferente. Era otra mujer quien bajaba.

Y entonces la calle soleada, el ambiente distinto, el aire fresco de la mañana y la animación callejera.

Una viejecita menuda, con una gran cesta colgada del brazo, pasa a su lado cojeando. Los niños, jugando, se interpelan a gritos. Por el arroyo pasa el carro del carnicero. Dos obreros conversan ante su puerta en mangas de camisa. Tiene que ir a la tienda y decir cuánta carne quiere. Tiene que calcular. Calcular cuánta carne ha de

ser necesaria para dos. La sensación se retira. El pensamiento domina. Todo el peso del cuerpo cae a partir de los hombros. La cabeza se alza, clara y despejada.

—No, no voy a tener bastante. Ponga usted un cuarto de libra más —dice Anna al carnicero.

Arriba, en su casa, hay un hombre que también quiere comer. Ha recibido una visita. Una visita.

Sí, pero de aquel visitante la separa un abismo. ¿Qué tiene ella que ver con ese hombre de la habitación? Llegó ayer. Durante cuatro años, día tras día, ha vivido sola. Y ayer llegó un desconocido.

¿Y esta mañana? ¿Qué ha pasado esta mañana? ¿Qué le ha pasado?

—Póngame también un hueso para la sopa.

¿Cómo ha podido ser? Un desconocido. Es... terrible. Anna pierde el ánimo: parece abatida.

A la vuelta, tropieza con una conocida que se lamenta: la harina y la manteca de cerdo han vuelto a subir. Anna sigue abatida. «Al cabo de la semana, supone...». La mujer calcula.

Anna tiene miedo de volver a casa. Él está arriba. De repente desea no encontrar a nadie al entrar en su casa. Quiere reflexionar a solas. Pensarlo todo. ¿Qué hacer ahora? ¿Qué va a pasar?

A Anna le ocurría lo que a tantas mujeres que, al abandonar el lugar de la aventura y encontrarse en la calle, en un ambiente distinto, entre el bullicio de la gente que pasa, ven desvanecerse su embriaguez, y no pueden ya comprender lo que han hecho.

Abrumada por los remordimientos de una mujer infiel que regresa al hogar conyugal después de una aventura, subió la escalera.

Al llegar al primer piso, se detuvo en el descansillo. «Por los caminos del mundo, del mundo que es tan grande como... llega hasta mi casa un hombre y conoce todo mi pasado. Mejor que yo misma. Antes incluso de que me quitara la camisa (¿cómo pude hacerlo, dios mío?), me indicó exactamente en qué sitios de mi cuerpo tengo los tres lunares. Un hombre... llega de pronto y me recuerda cosas que había olvidado por completo». Mientras pensaba así, Anna miraba fijamente el dibujo del friso de la escalera.

Hubiera preferido subir ahora a casa de su amiga, dos pisos más arriba. Allí todo le era conocido y familiar. Como durante estos cuatro años. Contárselo todo. Quizá pudiera aconsejarla. Pero en su casa, en su habitación, una camisa blanca de hombre cuelga del respaldo de una silla. Desorden... ¿Qué estará haciendo ese hombre cuando ella entre? ¿Dónde estará? ¿Junto a la ventana? Es verdad que los visillos son nuevos. Y cuando Richard y yo —sí, Richard, ¡pero Richard ha muerto! ¡Por dios, si murió hace cuatro años...!— compramos los otros, los primeros, el tendero nos dijo que nos llevábamos una ganga. Lo dijo exactamente así: «Se llevan ustedes una

ganga». El tendero tenía un bigotito negro recortado y dos granos en la frente. Richard me lo hizo notar.

«No lo conocía hasta ayer. Es imposible que ya me tutee», pensaba Anna antes de abrir la puerta. «No es más que un impostor. ¡Un impostor!... Y yo me he acostado con él». La cólera, la repugnancia y la vergüenza invadieron su pecho.

La otomana había sido despojada de las ropas de cama y estaba de nuevo en su sitio. Los restos del desayuno habían desaparecido de la mesa. La cama de Anna estaba hecha, un tanto torpemente, con algunos desniveles. Toda la habitación relucía de limpia. Cuando Anna entró, Karl barría por segunda vez con la larga escoba, reuniendo las últimas menudencias.

«También Richard realizaba alguna vez las faenas caseras», pensó Anna. «Pero nunca con tanta alegría».

La cólera, la repugnancia y el horror de haberse entregado a un impostor desaparecieron al ver a Karl allí, apoyado en el mango de la escoba, con la actitud de un honrado barrendero que hace una pausa en su tarea para charlar tranquilamente con un transeúnte.

Pensó en el abrazo de aquella mañana. Era a Richard, sólo a Richard, a quien ella se había entregado. Pero aquel hombre que se apoyaba en la escoba no era Richard. La separación entre su marido y Karl, entre pasado y presente, se hizo irreparablemente precisa y clara.

Hacía años que no veía a Richard con tanta nitidez. Era muy distinto a Karl, más pesado, más lento, y no había dicho nunca cosas como las que Karl había dicho ayer, por ejemplo, que ningún hombre, quien quiera y como quiera que fuese, podía estar tumbado en una pradera sin morder un tallo de hierba. Richard era un hombre tranquilo que inspiraba confianza, siempre con la fuerte barba negra mal afeitada y un poco entumecido por el trabajo. No era tan impulsivo como este otro. Éste... éste es como un resorte de acero. Puede llegar a ser violento y salvaje. Ya lo había notado ella.

El suceso de aquella mañana había evocado como nunca antes su pasado con Richard, que se alzaba ahora entre los dos, separándolos.

¿Cómo había podido antes, en la cama, perder la cabeza un instante, hasta el punto de creer que este hombre era Richard? ¡Su Richard!... Pero, al fin y al cabo, se había acostado una vez con el extraño. Habían sido sus brazos, los brazos de él, sus brazos y su boca. Y no le había resultado ajeno. Ni desagradable. Tampoco ahora. Qué raro... Y la idea de haberlo hecho no le sería tan penosa, tan terriblemente penosa, si este hombre no pretendiese ser Richard.

—Pero ¿qué hace usted ahí? Eso no es trabajo para usted.

—¿Ahora me llamas de usted?

Anna se volvió de repente. Su boca temblaba.

—Si vuelve usted a decir que es mi marido... ¿Me oye usted?... Si lo vuelve a decir...

Lágrimas de cólera asomaron a sus ojos.

—Tú misma lo has sabido esta mañana. Tú misma has dicho que era tu marido. Y me has llamado Richard... Tú y yo somos el uno para el otro.

—No, no somos el uno para el otro. Yo no le he visto a usted en mi vida. Llegó ayer... Mi marido quizá vive todavía... Quizá vive... Usted mismo lo dijo. Y puede volver.

—¿Y qué? ¿Qué pasará si vuelve? ¿Qué va a pasar? ¿Qué quieres decir con eso?

Una ola de salvaje violencia asomó de pronto a sus ojos, que se tornaron más profundos y más profundamente negros.

—Puede venir quien quiera. Nadie puede venir. Tú y yo somos el uno para el otro.

Sus músculos se relajaron. Las formas de su rostro se hicieron más suaves.

—Es el destino, Anna. Es el destino —repitió con un tono y una sonrisa en los que resplandecía de nuevo una apacible y profunda seguridad.

Karl tenía la nariz finamente modelada, brazos musculosos y mirada inteligente.

Anna había estado a punto de echarse a reír, tan cómico le había parecido verlo empinarse, en su excitación, sobre las puntas de los pies, hasta perder el equilibrio y tener que apoyarse en el mango de la escoba para no caer. La espontaneidad y la fuerza de los sentimientos de Karl lograron desvanecer también esta vez toda duda sobre su honradez, y ante su impetuosa energía, refrenada por una voluntad firme, los grises ojos de Anna se dilataron.

No era un pensamiento, sino una mezcla de enfado, obstinación y casi aceptación lo que le decía que Karl podría vencer quizá el pasado que él mismo había evocado, si dejaba de afirmar que era su marido, que él mismo era aquel pasado.

—Quereme hacer pasar por eso... ¡Qué tontería! —pensó involuntariamente en voz alta.

Se había sentado al pie de la ventana, con el plato de la verdura sobre las rodillas, y mondaba y cortaba con ágiles dedos, cambiando a veces bruscamente de postura, empujando con violencia el plato y desahogando su enfado con las zanahorias.

Su rostro presentaba una expresión impenetrable e indiferente. Y, sin embargo, al levantarse, sacudir las mondaduras del delantal y dirigirse, con rítmico movimiento de caderas, hacia el hornillo de gas, para dejar el plato, lo hizo todo de manera distinta a si hubiese estado sola, o si allí detrás, en la otomana, hubiera estado sentada una persona que le fuese indiferente.

Con la cabeza entre las manos, lleno de propósitos cuya realización no dependía de la fuerza muscular ni de la energía de la voluntad, Karl se mantenía acurrucado en la otomana, a punto de saltar ardiendo en cólera y a exigir: «... o me vuelvo al camino».

Pero sabía ya lo que era el camino, lo sentía aún en las piernas, y sabía lo que era la soledad paralizadora de su vida anterior.

«Por más que buscas y rebuscas el modo de soportarlo», había dicho una vez a Richard, «no encuentras nada, absolutamente nada. Eres como un gusano que hubiera de recorrer cien mil kilómetros a través de la arena caliente. Sí, un gusano sin tierra. ¡Así es mi vida!».

A pesar de su firme naturaleza y de su fuerza vibrante, que a su propio sentir hubieran alcanzado para diez vidas, Karl era un hombre que sabía adaptarse.

Permaneció sentado. Sabía que a pesar de todo hubiera vuelto al día siguiente. Su tenacidad y su fuerza de voluntad, que le permitían llevar a cabo sus propósitos, fueron también suficientes para ahogar la cólera que palpitaba tempestuosamente en su garganta y su nuca.

Sin volverse hacia él, Anna preguntó de pronto:

—¿Sabe usted acaso también lo que le dije a mi amiga al tener noticia de la muerte de mi marido? ¿Y lo que me pasó antes de casarme, de adolescente, de niña...? ¿O incluso antes de nacer? —añadió, llevada por la ira.

Karl respondió, lenta y gravemente:

—No, eso no lo sé. Pero sé cómo eras cuando niña... Ni tan exuberante ni tan melancólica como otros niños. No te impacientabas cuando tu madre te hacía la trenza. Sabías esperar. Eras alegre y no lo sabías. Imagino que fuiste creciendo como madura una manzana.

Sólo ahora levantó Karl la cabeza de entre las manos:

—Yo siempre he vivido ansiando algo que me faltaba. Tú no has sabido nunca lo que es eso. Quizá no lo sabes todavía.

Sucedió así, que por obra de la fantasía de un hombre a quien el amor hacía clarividente, Anna vio y sintió por vez primera en su vida, con una cálida emoción, su propia niñez y su juventud.

Ya mientras él hablaba, se habían inmovilizado sus manos.

—¡Qué cosas dice usted! —exclamó conmovida.

«O me quiere o todo está perdido», pensó él.

—¿Me preguntas lo que dijiste a tu amiga al recibir la falsa noticia? El golpe fue muy duro para ti, como para tantas otras mujeres. Escuece en el pecho... Pero yo te conozco y sé que no podías creer que te hubiera pasado una cosa así, ni siquiera que te pudiese pasar. Eres como una hoja de tilo. Y además lo pareces. Te negabas a creerlo, aunque lo creyeras. Y luego vino quizá también para ti el seguir viviendo así, día tras día, por nada y para nada. Sintiendo la continua falta de algo añorado. ¡De alguien, simplemente! Conozco muy bien esa sensación... ¿Y tú? ¿Has sentido esa nostalgia?

Anna no había sido nunca infeliz al lado de Richard. No se había sentido incomprendida, pero tampoco había pensado nunca que aquel hombre la conociese. Nunca habían hablado entre sí más que de los quehaceres y preocupaciones cotidianos. Tampoco ahora comparaba a los dos hombres. Estaba allí, de pie, avergonzada de haber tenido a éste por un impostor.

Ya algunas veces Karl, con sus palabras, su mirada y su tono, había alcanzado en ella regiones que hasta entonces habían permanecido como en barbecho. Desde la noche anterior tenía la sensación de llevar aún dentro de sí grandes espacios inexplorados. Un maravilloso sentimiento, nunca antes experimentado, la dominaba por momentos. Pero interiormente era una criatura lenta. No podía dar saltos. Era sincera y vivía, obraba y respiraba conforme a su ser. Su existencia y su naturaleza, su presente, de repente se veían desfigurados por su pasado con Richard, un pasado ya desvanecido y sepultado.

En los días siguientes Karl tuvo ocasión de aprender que la lealtad necesita construirse poco a poco.

Repentinamente herida por aquel pasado que, como un cuerpo extraño, había vuelto a introducirse en ella, Anna se veía forzada a rechazar a Karl, aunque detrás de aquella coerción persistía y crecía el deseo de unirse a él. Estaba paralizada, como el durmiente que no puede escapar a una pesadilla.

Afirmando ser Richard, Karl había dado al pasado la vitalidad de los recuerdos infantiles. Pero él sentía que todo lo demás hubiese sido una mentira. La mujer que tenía un pasado común con otro hombre no era su Anna. Con su Anna era él, y sólo él, quien había estado unido desde siempre. Para él, su mentira era verdad, y la realidad, sólo apariencia.

Todas las noches, al volver de sus andanzas en busca de trabajo, tropezaba, impotente, con el obstáculo que él mismo había levantado y que le era imposible superar sin arremeter contra sus propios sentimientos.

La verdad de Anna era distinta a la suya. Sinceros los dos, eran incapaces de actuar en contra de sus sentimientos. Llegaron a un punto en el que el fluir de la vida, todo intercambio de sentimiento y toda lucha fecunda se hacían imposibles, tan imposibles como la unión de los cuerpos.

Durante estas semanas, ella le obligó a entrar y salir con prudencia y sigilo. Nadie debía averiguar que Karl dormía allí.

IV

Maria, la amiga de Anna, vivía con su hermana en el cuarto piso del segundo edificio interior. Su habitación tenía exactamente el largo de la estrecha cama de hierro, que llenaba hasta el último centímetro el espacio comprendido entre la pared de la puerta y la de la ventana.

Junto a la ventana, la habitación se ensanchaba un poco, lo justo para dar cabida a un palanganero de hierro, pero sin dejar sitio para una mesa o una silla. Cuando Maria se lavaba por la mañana, tenía que ponerse de rodillas encima de la cama y, en esta postura, inclinar la cara sobre la palangana.

Una tarde de domingo estaba Anna sentada a los pies de la cama, en tanto que Maria, completamente desnuda y de pie sobre el lecho, se disponía a vestirse para salir de paseo. Al lado, en la habitación principal, el novio de la hermana, la cual tenía a su marido en la guerra, dormía sobre un diván de color herrumbre. Los dos hijos de la hermana, de ocho y nueve años, miraban con expresión reflexiva el viejo cochecito en el que reposaba su hermano pequeño —un niño de seis meses, hijo del hombre que dormía sobre el diván— con los puñitos apretados contra las mejillas. Deliberaban sobre el modo de hacerse con el coche para aquella tarde.

—No hay más que desmontar la carrocería y ya tenemos el chasis —dijo el mayor, que empuñó presto el destornillador.

—Andate con cuidado, porque si no empezará a chillar.

Quitaron los ocho tornillos, alzaron la parte superior con la criatura dentro, medio despierta ya, la dejaron en el suelo y desaparecieron con el chasis.

—Por la noche volvemos a montarlo... Corre, que ya empieza a gritar.

También el novio, un mecánico, despertó y se giró hacia el lugar que ocupaba el cochecito, encontrándolo vacío. Y, sin embargo, no había duda de que allí al lado lloraba un niño. Adormilado aún, se frotó los ojos y acabó por ver a su hijo en el suelo. Segundos después, lo paseaba radiante en sus brazos.

Aquello había seguido una marcha natural. El hombre había entrado en la casa como huésped para dormir, ocupando la cama del marido, ausente debido a la guerra. Al principio, la mesa se alzaba entre las dos camas, marcando una frontera. Sólo durante la primera semana habían apagado la luz al acostarse. Con el dinero que el hombre hubiera tenido que pagar por comer peor en un figón, atendía la mujer al gasto de toda la familia, falta de todo recurso desde la marcha del marido. Las dos camas volvieron a juntarse.

La mujer apareció en la puerta. Estaba lavando la ropa y llevaba el delantal completamente mojado y el cepillo de lavar en la mano.

—¿Ha llorado?

En su rostro gris y ajado sólo los labios granates parecían tersos y pictóricos de sangre, y correspondían, entreabiertos siempre, a sus propios ojos, plenos de una

curiosa interrogación. Era mayor que el mecánico.

—¡Mira lo que han hecho! —exclamó éste divertido—. Ya lo planearon anoche en la cama, los dos bribones.

La mujer acercó el niño a su pecho, singularmente joven aún, blanco, pequeño y surcado por venillas azul celeste.

El mecánico, con las manos en los bolsillos del pantalón, observaba atentamente los movimientos de la boca de su hijo y la voracidad con que tragaba.

El marido regresaría con licencia pocos días después.

En la habitación contigua resonaron las risas de la hermana. Desnuda todavía y en pie sobre la cama, se probaba, con la ayuda de Anna y bajo su mirada crítica, una corta camisita que ella misma se había confeccionado aquella mañana. Sin variar de postura, comenzó luego a ponerse las medias. Desde el pequeño pie hasta la rodilla, la pierna adolescente era esbelta y ejemplarmente bella. A partir de la liga, que se hundía en la carne, comenzaba la mujer. El cuerpo se ensanchaba marcadamente, y no sólo por los lados, en curvas llenas y tiernas. La piel se hacía más oscura y a trozos más áspera.

La cinturilla del pantalón, adornado con bordados a máquina y grandes calados, se hundía profundamente en el talle, e inmediatamente empezaba la espalda, una espalda infantil, estrecha, delicada y pura.

Anna alcanzó a su amiga el vestido de lunares azules. Sin interrumpirse en el momento en que la tela cubrió su cabeza y sus brazos, Maria continuó relatando todo lo que había sucedido en los tres patios del edificio desde su última conversación.

Primero aparecieron, separados, los dedos cortos, de uñas anchas y romas, y luego la cabecita estrecha y firme, el rostro, de un color uniforme, como una cálida madera preciosa, y los ojos, magníficos. Las cejas y las pobladas pestañas eran mucho más oscuras que su pelo rubio. En la tersa plenitud de su cara, y según lo ordenase su pequeña boca, aparecían y desaparecían, con vivo encanto, deliciosos hoyuelos.

Se dejó caer de espaldas cuan larga era y aprovechó, juguetona, el impulso elástico del colchón para quedarse de lado y posar la cabeza en el regazo de Anna, que encerró suavemente entre sus manos el encanto de aquellas mejillas.

De una de las viviendas del piso bajo surgieron de repente voces violentas, exhaladas a pleno pulmón, que repercutieron en las paredes y subieron por el estrecho patio, como por un tubo acústico, más allá del cuarto piso, hacia el cielo. Luego, una nueva explosión de cólera hasta perder el aliento. Por último, agudos gritos femeninos.

—Ya le está pegando otra vez —dijo Maria, irguiéndose rápida—. Todos los días se pelean, pero no se deciden a separarse.

También aquella mujer vivía con otro hombre mientras su marido estaba en la guerra. Eran muchas las mujeres que lo hacían. Y sin ocultarse. Maria podía hablar horas enteras de lo que aquella casa encerraba en materia de odios, miseria,

enfermedades, culpas voluntarias y destinos inexorables, pero también en tierna solicitud y conmovedora abnegación.

«Lo mismo me sucederá a mí», pensó Anna. «Elige una a un hombre porque el marido falta o no está ya aquí. Es algo que está pasando todos los días».

Karl estaba en el segundo piso, de pie, detrás de la ventana cerrada, inmóvil como un prisionero que aprende a esperar.

—¿Y si tu marido se lía a golpes con todos cuando llegue y vea lo nuestro? — preguntó el mecánico en la habitación de al lado.

En un ángulo del patio se había formado un grupo: niños medio desnudos, escrofulosos y pálidos, mujeres harapientas, hombres en mangas de camisa. Rostros lívidos. Habían sacado al aire a un anciano que, debilitado por el hambre, se había encontrado mal.

En el centro justo del patio, un obrero joven y vigoroso se erguía en la posición del arquero que va a lanzar la flecha, con el torso violentamente echado hacia atrás. Con toda su fuerza tensaba el arco, un derecho listón de acero, de metro y medio de largo, curvándolo en semicírculo. La larga flecha, una varilla de acero niquelado, delgada como un junco, subía silbando, vertical, hacia el abierto cielo soleado, giraba lentamente sobre sí misma, relumbrando, y caía de nuevo, rápida, en el estrecho patio sombrío. Un arma peligrosa en manos fuertes e inquietas, que en su caída podía herir gravemente al arquero mismo.

Disparó otra vez y luego otra. Todos miraban a lo alto, apretados en un rincón del patio, formando un grupo gris y sombrío. También el anciano agotado por el hambre miraba hacia arriba.

El timbre de bicicleta reclamaba a Elfi en la ventana.

—La señora Anna tiene un visitante. Míralo allí abajo... ¿Has comido bien?

—Sí, nabos.

—Conque nabos, ¿eh?

A los pocos momentos salieron muy recompuestas, pavoneándose con sus vestidos de vivos colores, y tomaron el camino por el que Karl había llegado semanas antes. Las dos mostraban largas piernas delgadas sin el menor asomo de pantorrilla y ostentaban en el pelo chillones lazos verdes. Dos garzas.

También Maria había mirado hacia abajo. Karl permanecía inmóvil detrás de la ventana.

—¿Quién ha venido a verte? Di.

El silencio de Anna equivalía a una confesión. Abandonó la estancia agitada y grave.

Así pues, al volver a su casa, encontraría en ella a un hombre. Y no un hombre cualquiera. Una hora tan temprana de la mañana aproxima mucho. Mucho. Al volver a casa iba a encontrar a alguien. Aquello no dejaba de estar bien. Ya no iba a encontrarlo todo tan ordenado y vacío como antes... ¿Y su marido? ¿Vivía realmente

aún? El otro pretende que sí, que él es su marido. Y con un tono que casi habría que creerlo. Tenía que quitarle aquella manía, que convencerlo para que lo dejase.

Pero ¿y si su marido vivía aún? ¿Entonces qué? Sí. ¿Y si vivía aún? Entonces todo es imposible. Absolutamente imposible. No se abandona así, sin más ni más, a un marido, para irse con otro. No es tan sencillo... No hay más que pensar en sus ojos, en su mirada. En sus manos grandes y fieles. Sí, y en la confianza que siempre podría haber tenido en él. A su lado se había sentido protegida y segura. Eso era verdad. Segura y protegida contra todo.

—Podemos salir a pasear un poco, si tiene ganas.

—Sí —dijo Karl pausadamente, y bajó la cabeza para mirarse.

—Puede ponerse un cuello blanco de mi marido, si quiere.

—No, no quiero nada. Absolutamente nada.

«Sólo a mí. Yo soy lo único que quiere de él».

—Dice que Richard vive todavía, y, sin embargo, me quiere usted por mujer.

—¡Qué importa eso! —exclamó Karl, con mirada sombría. Y, de pronto, sin transición, con un tono en el que Anna advirtió que ya durante su ausencia había pensado en ello y se había propuesto decírselo, añadió—: El tendero que tanto nos alabó los visillos cuando fuimos a comprárselos tenía un bigotito negro insignificante y dos granitos en la frente. Yo te lo hice notar por entonces.

Anna hizo un brusco movimiento de impaciencia:

—No sé cómo sabe todo eso. Pero me molesta mucho... Es muy feo lo que está haciendo. Muy feo.

El rostro de Karl expresó la desesperada impotencia del hombre con quien se comete una tremenda injusticia.

Las caras de los paseantes que vagaban aburridos en la tarde de domingo se animaban unos instantes al ver a aquella pareja. Anna, que caminaba con frescura y suavidad, con un armonioso andar ritmado por sus altas caderas, y a su lado aquel tipo sombrío y descuidado, sin cuello ni corbata, ardiente como el rescoldo bajo una delgada capa de ceniza.

Anduvieron hacia la ciudad. Paseaban juntos por primera vez. Karl, que durante tres meses había caminado hacia Anna, a través de campos y bosques, veía generosamente colmadas sus ilusiones. Ahora iba a su lado.

Se quedó un poco atrás para verla caminar, y la visión que de ella había tenido, tumbado en la estepa, volvió a él. Envuelta en un ajustado vestido oscuro y liso, se le había aparecido como una muerta que se muestra al amado una vez más avanzando ingravida por el típico camino bajo los árboles. El brusco impulso de sus sentimientos lo hizo palidecer.

«Aunque haya de esperar años y años», pensó; pero no quería esperar ni un minuto.

Cuando Anna se giró dejando ver en su rostro su inteligencia natural y, en su mirada, toda su riqueza interior, mesurada, prudente, experimentó también ella la

inefable sensación de haberse vuelto ya otra vez hacia él con iguales sentimientos.

—¿Es posible...

Karl adivinó fácilmente, pues todo su ser y toda su voluntad giraban incesantemente alrededor del mismo punto.

—Así ha sido.

—... que yo haya venido ya por aquí otra vez contigo?

Giraron en la avenida que unía los suburbios con la ciudad. La avenida de su visión.

—Aquí mismo te me apareciste una vez a la caída de la tarde, entre los árboles. Me esperabas.

Aquello no se lo había contado Richard. Pero tenía que ser así. Poseía la verdad y la había dicho.

Anna sentía en toda la mitad izquierda de su cuerpo, próxima a Karl, un calor difuso. Las realidades adversas desaparecieron. El impulso interior se abrió paso hacia la vida. Ambos sentimientos confluyeron.

Anna no pensaba. Creía en aquello que sentía. Y para saborearlo con dulzura, tuvo que darle de nuevo una palabra, tuvo que pronunciar de nuevo el nombre:

—Richard.

Él cerró el círculo mágico. Dijo sencillamente:

—Te quiero.

Y continuaron andando.

—¿Y ahora? ¿Quieres un hijo? ¿Lo quieres?

Al ofrecerse, entreabiertos, los labios, se entornaron, vencidos, los ojos. Y, sin embargo, Arma era una mujer que sabía dominarse.

Boca a boca repitió él su pregunta. Con la muda respuesta en su corazón, profundamente apaciguado, entró Karl en el jardín de la taberna al lado de su magnífica mujer.

¿No había estado ya allí otra vez, de muchacho? Y la hija del dueño, sí, Anna, echándole al cuello uno de sus brazos, le había llevado a la boca el vaso de leche.

Casi solos en el jardín, sentados en un lugar apartado, bajo un árbol, se sintieron aún durante algunos momentos como si la vida no hubiera unido jamás a Anna y Richard, como si el azar infinitamente múltiple que abre las puertas a los fatales errores de la vida, marcando con ellos, de una vez para siempre, la trayectoria de un destino, hubiera sido vencido por la fuerza y el deseo de dos corazones nuevos y fuertes que se escuchan el uno al otro.

La aparición de una familia de obreros que vino a sentarse a una mesa cercana hizo surgir de nuevo el mundo exterior. La mujer desenvolvió, antes de sentarse, el paquete en el que traía el pan. Los cuatro niños, que apenas llegaban con la nariz al borde de la mesa, empezaron a chillar como pajarillos glotones cuando la madre viene a posarse en el borde del nido.

Anna comenzó de nuevo a pensar. Pero el fátum del amor, que entre millares de seres elige a uno solo, la había elegido. Ley absoluta cuyo origen permanece inescrutable; que es independiente de las circunstancias exteriores, del aspecto, el carácter y las cualidades personales del otro; que es o no es; pesada como el plomo e ingravida como un aroma; más pequeña que un átomo y tan grande como el mundo; capaz de elevar al hombre a una suprema felicidad y de hundirlo en el dolor hasta hacerle envidiar a una rata. El misterio impenetrable se había abierto en ella.

La banda de música empezaba a tocar a las ocho. El jardín se había llenado de público. Los parroquianos eran gente puntual. Karl advirtió las miradas de los más próximos. Pero su relación con Anna se hallaba ya bajo el signo de la más profunda reciprocidad. Además, Karl no había pasado por ninguno de los estadios preliminares, tampoco por aquel en que el hombre se siente orgulloso de mostrarse con una mujer deseable. El mundo exterior no podía, pues, ejercer sobre él acción ninguna en ninguna de sus formas. En medio del trasiego de la vida permanecían absortos en el combate del uno por y contra el otro, combate en el que las heridas causadas se curan en el acto con una mirada.

Un hombrecillo menudo, doblado casi en ángulo recto por la edad, se balanceaba de mesa a mesa, como una pequeña góndola negra, bajo una nube roja, azul y verde de globos infantiles.

Regresaron por la avenida, en la que aún perduraban los minutos antes vividos. Ambos pensaban en ellos. Andaban lentamente y en silencio. Eran dos seres que se pertenecían el uno al otro.

Anna se defendía. Aquello había sucedido demasiado deprisa. Aún no se había aclarado nada. Pero había sido herida de repente, con agudo impulso arrollador, por un sentimiento en favor del cual se sentía, a veces, impetuosamente dispuesta a borrar el pasado y a aceptar todo lo que Karl dijese.

Cuando atravesaron el portal, las dos garzas juntaron sus cabezas y se hablaron al oído. El sol había tostado sus caras y sus brazos. Ahora llevaba Elfi el vestido amarillo y Alma el azul. Se los habían cambiado después de bañarse en el lago.

—No tiene usted mala suerte, señora Anna. Hay que darle la enhorabuena —dijo un hombre con quien se cruzaron en la escalera. Y sin detenerse, continuó—: Parece que ya ha pasado alguna vez esto de volver alguien a quien se había dado por muerto. Pero de todos modos no es lo corriente.

—A nosotras ya nos lo dijeron anoche —gritó Elfi.

—¿Por quién lo supisteis? —preguntó el hombre, que ya estaba un piso más abajo, y Anna oyó la respuesta—: Por la Bösch.

La Bösch era una vieja que sabía todo lo que pasaba en el edificio y se lo contaba a todo el mundo.

«¿Y ahora?», pensaba Anna. Pero en esto sintió al cuello los brazos de Maria, y junto a su cara la mejilla de su amiga mojada en lágrimas.

—¿Por qué no me has dicho nada? Toda la casa lo sabía. Todos menos yo. ¡Menuda misteriosa estás hecha! Tengo que verle... Señor Richard, tengo que verle a usted ahora mismo.

La escalera estaba a oscuras.

—¿Y ahora?

—¡Qué contenta estoy!

También Anna lo estaba en el fondo. «¡Una dicha tan grande!», pensaba. «¡Tan grande!». En su manera de ir a la puerta, abrirla y encender la luz se vio que llevaba en sí todo el peso de aquella felicidad.

Podía haber dicho que Karl no era su marido, que era su amante. No tenía por qué ocultarlo. Para los vecinos de aquella casa resultaba ya natural que las mujeres que tenían a sus maridos en la guerra mantuviesen relaciones con otros hombres sin ocultarse lo más mínimo.

También podría haber dicho que Karl era su marido, sin temor a que nadie la desmintiese, pues durante los ocho días que Richard había vivido con ella en la casa—desde su traslado a la ciudad hasta la declaración de guerra— no había trabado conocimiento con nadie, ni siquiera había mantenido una conversación seguida con ninguno de los vecinos. Y luego habían pasado cuatro años.

Pero lo que la decidió no fueron estas reflexiones, que atravesaron rápidas su pensamiento, sino su propio deseo y su reciente pasado con Karl.

No tenía ya ninguna importancia que fuera o no Richard. Anna sentía que aquel hombre no mentía. Y lo que ella había vivido en aquellos días y lo que ahora sentía tampoco era una mentira. Era pura felicidad. ¡Qué importaba que todos le creyeran su marido si así lo querían él y la felicidad! ¿Y ella? ¿No lo quería también?

Sí, también ella lo quería. Lo quería. Lo quería... Aquel hombre violento e impulsivo que, sin embargo, podía permanecer tan quieto y pacífico como la maceta de geranios en el alféizar de la ventana. Y todo porque también es feliz y ya no está solo... ¡No estar ya sola! ¡Qué felicidad más grande!... La cara radiante de Maria. Lloraba y reía a un tiempo, de alegría. La vida era muy hermosa. Sólo que durante algún tiempo había pasado a su lado sin tocarla.

Como antes lo había hecho el vocerío, ahora subía hasta los tres, desde el patio, un profundo silencio interrumpido cada poco por sonidos finos y quebradizos. Dos músicos callejeros afinaban sus instrumentos, fabricados por ellos mismos: un piano hecho con un cajón de madera de pino, de unos cincuenta centímetros de ancho, las teclas pintadas en blanco y negro; y un violín construido con una caja de puros.

Uno de los músicos alzó cuidadosamente el frágil pianillo y lo colocó sobre una banqueta que también traían, con todo género de precauciones, para dejarlo firmemente asentado y que no saltase en pedazos. Con no menor cuidado y muy despacio giró el otro su violín, provisto de una pica, como los violonchelos, y lo apoyó también en la banqueta. La música comenzó a sonar con un tono igualmente prudente y circunspecto.

Las grandes manos obreras, de gruesos dedos, del pianista apenas hallaban sitio en el teclado. Los dos músicos tenían que contener su fuerza natural para no hacer pedazos los frágiles instrumentos, y, de este modo, se veían obligados a tocar bien. Luego cantaron. Más de cien vecinos habían acudido a escucharlos. Ni un rumor. Incluso se había acallado a los niños de pecho. También en el cuarto de Anna escuchaban los tres. La música subía hasta ellos.

Cuando terminó, el niño rubio de apenas cuatro años entonó con brío su canción: «Mariechen ha tenido un bebé». No podía contenerse. La música se había apoderado de él. Gritaba hacia el cielo con toda la fuerza de sus pulmones. Se dejaba llevar. Entusiasmado, movía brazos y piernas al compás. «Y no sabe de quién es».

V

Los vecinos de la casa contribuyeron a mantener la situación. Para ellos, Karl era el marido de Anna. Los niños lo llamaban Richard. El tendero de comestibles, el panadero y el carnicero felicitaron a Anna por el retorno de su marido, a quien se había dado por muerto. Los vecinos más próximos le saludaban al cruzarse con él por la mañana y por la noche: «Adiós, señor Richard». Maria estaba «un poco enamorada» de él. «Sólo un poquito». Tenía permiso para tutearle y llamarle Richard. Todos los demás le decían «señor Richard». También Anna le llamaba Richard. Poco a poco, fue habituándose a darle este nombre, hasta parecerle natural.

Anna no necesitaba ya ir a la fábrica. Su marido había encontrado trabajo. Todos los sábados le entregaba, hasta el último céntimo, sus jornales de la semana. Luego se tiraba del cinturón, sujetándose los pantalones, y tendía la mano con ademán juvenil. Anna le entregaba entonces el dinero para sus pequeños gastos.

La cama de Anna era lo bastante ancha para los dos. Karl dormía del lado de la pared. Anna se levantaba por las mañanas sin hacer ruido y preparaba el desayuno. Como siempre.

Ella había mantenido su muda promesa. Estaba en el tercer mes.

Karl no la dejaba ya levantar ni llevar nada de peso. Después del trabajo, subía y bajaba a toda prisa las escaleras, traía leña, carbón y patatas, y fregaba los suelos.

Hay hombres a quienes la felicidad hace y mantiene bondadosos, y mujeres que son extraordinariamente bellas cuando viven un amor feliz, que otorga a su rostro y a sus ojos un continuo esplendor profundo y radiante, al que es imposible ser indiferente al cruzarse con él en la calle.

Anna se sentía dichosa cien veces al día, cuando veía a su marido, pensaba en él o recordaba lo que le había dicho, cómo la había mirado o lo que de él había recibido. Su vida cantaba.

El fervor de Karl era impetuoso, apasionado, y al mismo tiempo, tierno y atento como el amor de una madre. En casa y en la calle, en la fábrica, al ir a ella y al volver, Anna era su único pensamiento. Su vida era Anna. Su sangre arrastraba consigo la imagen de Anna. Sin embargo, se sentía apaciguado y sereno: Anna lo amaba.

Por las noches trabajaba en una pequeña invención que ya había ensayado con éxito, y que consistía en perfeccionar el mecanismo de los cilindros de revólver. Este trabajo le había valido ya unos cientos de marcos. ¡Para el hijo que esperaban!

La conciencia de que al regresar del trabajo encontraría en casa a Anna era como un límpido lago azul. Y si no la encontraba al entrar, si había salido, estaba, sin embargo, allí. Su presencia se revelaba en la taza colocada junto al hornillo, en la sartén colgada de la repisa o en el costurero abandonado sobre el alféizar de la ventana.

Si Anna entraba entonces, Karl permanecía sentado, siguiéndola con la mirada. Y si, por una corriente de aire, veía moverse los cabellos sueltos en su frente, se consideraba colmado de felicidad. Anna sentía todo esto, y mientras preparaba la cena le acariciaba, al pasar a su lado, la cabeza y los hombros.

—¿Dónde has estado, Anna?

Y era la felicidad misma la que cantaba al responder Anna sencillamente, con su voz tan parecida a ella misma:

—Vengo del zapatero. Tus botas van a quedar como nuevas, Richard.

Para Karl era como si hubiese dicho: «Te quiero más que a mi vida».

Él la quería mil veces más que a su vida. Hasta su retorno, su vida había estado vacía, no había sido más que una eterna inquietud, la angustia de la soledad.

Lo que distinguía a aquellos dos seres de todos sus semejantes y los elevaba sobre ellos era que habían llegado a poseer la conciencia de su felicidad, y con ella el presente, el momento, la profundidad y la ternura interior, que puede revelarse en cualquier instante con una mirada.

Experimentaban lo corporal, los abrazos de la noche, como algo que formaba una unidad con la luz interior de su amor. Para ellos no había separación alguna. En sus abrazos, alcanzaban el sentido y la cima de la vida.

Las cosas más insignificantes llevaban en sí la totalidad. En un pequeño pliegue del vestido de Anna —que caía desde el talle modelando sus formas y aparecía un poco descolorido por el sol a la altura de la cadera— veía Karl toda la inmensidad de su dicha.

Hablaban poco. No tenían el don de la palabra. Poseían la pulsación grave y plena de la vida, el andar rítmico, el rostro luminoso. Eran ricos.

Anna, tan ordenada, arrojaba a veces de pronto su labor a un rincón. Karl se levantaba entonces al mismo tiempo que ella.

—¡Venga, vámonos!

Porque se poseían el uno al otro, poseían la ciudad, a los hombres, las praderas, el aire y los bosques.

Después de uno de estos paseos a lo largo de la vía del tren —la fila de los desnudos postes telegráficos que se perdía a lo lejos les había parecido bella—, entró Maria llorando en el cuarto.

El marido de su hermana había llegado del frente con licencia. Había mirado durante largo rato al hijo del mecánico, había escuchado las explicaciones de su mujer y, sin replicar palabra, había salido de la casa y había regresado al frente en el primer tren.

Estaban los tres sentados ante la mesa, bajo la luz. Maria tenía la cara bañada en lágrimas. Alargó la mano y Anna depositó en ella su pañuelo.

—No creímos que se lo tomaría así.

Anna miraba a Karl y luego a Maria: «¿Qué otra cosa hubiera podido hacer?». Sentía que le palpitaba el corazón en la garganta, pero no sabía aún por qué. «Al fin y

al cabo es su marido».

—Cuando volvió el marido de la señora Moser, aquel Federico con quien ella estaba viviendo se marchó con la música a otra parte. Como corresponde. ¿Y lo del señor Häusler? Hace ya tres semanas que ha vuelto y el auxiliar de Correos sigue en la casa porque todavía no ha encontrado dónde mudarse. Ahora viven los tres bajo el mismo techo —dijo Maria aún entre lágrimas.

—En cambio, el señor Lienert casi mata a su mujer. Y se han separado... Tú te lo tomas muy a la ligera, Maria, demasiado a la ligera.

—¡Son las circunstancias las que tienen la culpa! Pero el marido de mi hermana volverá. Seguramente volverá. Y yo le echaré los brazos al cuello.

—Los tres... Has dicho que ahora viven los tres bajo el mismo techo.

Anna miraba a Karl, que no había despegado aún los labios. Sus ojos no estaban allí. Ahora sabía ya por qué palpitaba su corazón.

—Me echaré a su cuello y se le pasará el enfado.

La alegría volvía ya a su linda carita, en la que volvieron a marcarse los hoyuelos.

—Voy a haceros café, Richard. ¿Me dejas, Anna?

Era frecuente que Maria se pusiese a reír cuando los demás seguían estando preocupados, o que se echase de pronto a llorar mientras los demás bromeaban todavía. Los sucesos la herían con rápida violencia, pero los superaba enseguida, como un corcho del que todas las olas se apoderan, sin que ninguna, por fuerte que sea, pueda sumergirlo.

Los ojos de Karl permanecían aún en la estepa, entre Europa y Asia. Anna le puso la mano en el cuello, sobre el punto en el que sentía palparle violentamente el corazón.

Karl había sujetado al alféizar de la ventana un pequeño torno de herrero. El trabajo inicial y menos delicado de desbastar y tornear lo hacía a máquina en la fábrica, y el de lima y ajuste en su casa, después de la jornada. Estaba construyendo el modelo definitivo, en tamaño natural. La pieza era más pequeña que el puñito de un niño.

Por la manera en que se levantó, colocó las piezas de su modelo sobre el alféizar, eligió las limas y empezó a trabajar, advirtió Anna que aquel hombre sólo cedería ante la muerte.

Estremecidos, se sentían tocados por las alas del destino. Aquella noche la pasaron abrazados, sintiendo cada uno latir el corazón del otro sobre su pecho, unidos por la suerte que podía traerles la vida o la muerte, pero no la separación. No sabían de culpa alguna.

Una semana más tarde, las autoridades militares comunicaron a la hermana de Maria que su marido había caído seis días antes en el frente.

Muchos de los vecinos que antes no habían tenido el menor reproche para aquella mujer la acusaban ahora. Las mujeres la insultaban a gritos. Había empujado a su marido a la muerte. Recibió cartas injuriosas. El mecánico, sintiéndose culpable, por

la mañana y por la tarde atravesaba los patios sin mirar a nadie. Arriba, en la casa, no se hablaba más que lo indispensable. Después de una desgracia así, ha de pasar, por lo menos, un par de semanas para que la vida pueda volver a su curso habitual.

Pronto los vecinos comenzaron a saludar de nuevo al mecánico cuando se lo encontraban en la escalera, y la mujer no tuvo ya que escuchar qué clase de persona era, más que en circunstancias excepcionales; por ejemplo, cuando hacía valer su derecho al lavadero, cuestión que era frecuente motivo de peleas entre las inquilinas.

Las hostilidades entre los dos chiquillos y el resto de la horda infantil se prolongaron más. Varias veces al día tenían que pegarse para defender a su madre de la acusación que surgía de todos los rincones y de todas las puertas: «¡Tu madre es una zorra!».

Anna estaba de pie ante el cajón abierto. Se había levantado de pronto de la otomana, en la que estaba echada, había ido hasta el cajón, y permanecía ahora, con la vista fija en su contenido, sin saber lo que quería buscar. Sólo cuando tuvo en su mano la postal amarillenta en la que las autoridades militares le habían comunicado la muerte de Richard, sintió una ardiente quemazón atravesar su cuerpo. Sus ojos la leyeron.

«¡Pero si va a entrar aquí de un momento a otro!», pensó, bruscamente estremecida de felicidad. «¿Sabe acaso también lo que me pasó antes de casarme, de adolescente, de niña?». Sí, él lo sabía todo. Más que nadie en el mundo, más de lo que nunca había sabido ella de sí misma. Precisamente porque la quería tanto. Ella sólo lo quiere a él. Sólo él, para toda la vida. Todo lo que no fuera eso era imposible. Ni siquiera podía imaginarse.

Había allí algo que databa de muchísimos años, de un lejanísimo pasado. «Muerto el 4 de septiembre de 1914». Y todo lo que quedaba de aquello era esto. Esta tarjeta postal. ¿Acaso era verdad lo que decía la tarjeta? Pero él insistía en que las autoridades militares se equivocaban... ¿En qué se equivocaban? ¿En qué? ¿En que su marido era él? ¿O en qué?

Sintió de pronto un cansancio tal que para poder volver al diván tuvo que ir apoyándose en los muebles. Se desplomó en él y se quedó dormida en el acto.

Dieron las seis. Luego las siete. Anna dormía profundamente y sin sueños, distendidos todos sus músculos y miembros. El cartero llegó a la puerta, alzó la chapa metálica que recubría el buzón y echó una carta por la ranura.

En esa centésima de segundo empezó el sueño, irrumpiendo en el sereno reposo como el primer trueno en el silencio. Anna se irguió, sobresaltada, y fue a la puerta. En el suelo había una carta de Richard. No podía cogerla porque estaba fijada con cuatro clavos.

«Así no voy a poder leerla. Mejor. No leerla. Él mismo la desclavará. Va a venir enseguida... Pero si la lee todo estará perdido. ¡Qué horror! ¡Todo habrá terminado!

¡Todo!».

Trajo las tenazas, se arrodilló y sacó tres largos clavos, y luego otros tres. Siempre quedaban cuatro sujetando la carta. Mejor. Nadie podrá desclavarla. Contenta, se volvió a echar, para seguir durmiendo, y despertó.

Pero no había sido más que un sueño. La carta no estaba clavada, estaba allí, en el suelo. «He estado soñando. No tengo más que ir y cogerla». Volvió a la puerta, miró la carta y al mismo tiempo vio a Richard, que se alzaba de pronto delante de una inmensa pantalla iluminada, tan alta como el cielo. Richard no tenía cabeza, miraba con ojos inexistentes y hablaba con una boca inexistente: «Dame el tenedor».

Anna le acercó el tenedor que tenía una púa más corta que las otras. Richard, sin cabeza, se sentó a la mesa y cortó el pan en largas rebanadas.

«Estoy soñando otra vez. ¡No puedo más! Tengo que despertar. ¡Despertar! ¡Tengo que conseguirlo!». Medio paralizada, tuvo sin embargo fuerza para liberarse, gimiendo, de las ligaduras de goma, gruesas y tenaces, que la aprisionaban. Se lanzó sobre la carta, y rompió el sobre: la agitación y la angustia le impedían leer.

Estaba echada aún en la otomana y dormía profundamente con las dos manos en la barbilla. Richard seguía sentado a la mesa, sin cabeza, comía, sonreía cariñosamente, la miraba y decía: «No importa. Lo comprendo todo. No podía ser de otro modo. Duerme un poquito más».

Un maravilloso apaciguamiento la invadió. Soñó que volvía a dormirse y sintió, durmiendo, la profunda maravilla del reposo.

Al caer la carta al suelo, acabó el sueño que había comenzado al alzar el cartero la chapa metálica que recubría el buzón, una décima de segundo antes, pero que para la conciencia de la durmiente había durado horas enteras.

Al ruido que hizo la carta al caer al suelo, se arrancó Anna del reposo y del sueño, oyó todavía resonar las botas de clavos del cartero, bajando la escalera, y recordó en el acto haber soñado que recibía una carta de Richard.

Su corazón dejó de latir. Creyó que seguía soñando y se llevó, angustiada, ambas manos al cuello. En el suelo había una carta.

La carta tenía varios sellos holandeses, estaba cubierta de gruesos tachones de lápiz rojo y de estampillas de la censura y exhalaba un fuerte olor a fenol. Estaba abierta.

Ya una vez antes de su boda había soñado Anna que recibía una carta de su madre, la cual vivía en un asilo de ancianos y se pasaba años enteros sin escribir, y al despertar había hallado efectivamente una carta en el buzón.

Su primer movimiento fue quemar la carta sin leerla. Anulada su voluntad por el miedo, fue hasta el hornillo.

«Querida Anna: En este momento no sé siquiera si soy prisionero de los ingleses o de los japoneses. Estoy en un barco. Nos han encerrado en las carboneras y no hacemos más que sudar. El otro barco tropezó ayer con una mina. Se oyeron dos explosiones y el barco desapareció sin dejar rastro. Pero el olor duró aún varias horas.

Si le hubiera tocado al nuestro, no nos habríamos vuelto a ver. Hoy seguimos la ruta, atravesando todavía campos de minas. Ninguno de nosotros sabe adonde nos llevan. Doy esta carta a un holandés que tiene permiso para volver a su país. Si la recibes, sabrás que te quiero como siempre y que estoy deseando volver a encontrarme ahí, a tu lado, en nuestra casa. Pero la comida que nos dan aquí es buena y suficiente».

La carta había sido escrita tres meses antes. Anna se sintió invadida de repente por una calma helada, como el hombre junto al cual cae un rayo y que ya en medio de su espanto recobra la serenidad.

La carta olía mal, peor aún que el sobre. Anna se sentía tan asqueada como si hubiese bebido agua descompuesta. Puso la carta en la repisa, junto a las computeras. Sobresalía un poco. La empujó con el dedo hasta hacerla desaparecer.

El niño se estremeció en su vientre. Tenía que bajar enseguida a la calle. Richard iba a volver de un momento a otro. ¿Estarían las tiendas abiertas todavía? Richard tenía siempre hambre al volver a casa. Pero hoy había llegado aquella carta. Una carta de Richard. Quizá pudiera comprar aún un par de huevos... Sí: si hubiera ido en el otro barco, «no nos habríamos vuelto a ver». La lechería seguiría aún abierta.

Al llegar al piso de abajo dio de pronto media vuelta, subió de nuevo la escalera, más deprisa que de costumbre, abrió rápidamente y leyó otra vez la carta... Debía de ser una equivocación. Aquello era una hoja de papel, eran palabras, palabras escritas con lápiz. Pertenecían a una vida anterior. Como la postal de las autoridades militares. Hacía ya tantos años... Cómo podía ser que aquellas palabras destruyeran su vida, tan natural y tan plena, tan bella y tan feliz, día tras día... «Sabrás que te quiero como siempre y que estoy deseando volver a encontrarme ahí, a tu lado, en nuestra casa. Pero la comida que nos dan aquí es buena y suficiente».

¿Cómo había llegado hasta la tienda? Había tenido que bajar las escaleras y atravesar la calle. Pero ¿cómo estaba allí? Le parecía no haberse movido de la habitación y estar leyendo la carta, sentada en una silla. Completamente desconcertada, levantó la cabeza.

—¡Qué pálida está usted, señora Anna! —dijo la lechera—. Claro, es que cuando se está embarazada tiene una muchas molestias... Su marido ha estado aquí hace un momento... Pero no tenga miedo. Yo sé muy bien lo que es tener chicos. Y usted es muy fuerte.

Karl abrió la puerta de la casa. Había salido. La buscó con la mirada por la habitación. Advirtió el olor de la carta. Fenol, se dijo, y sintió miedo. ¿Habría pasado algo?

—¿Qué quería mi marido?

—Venía a pedirme otra vez que reservase para usted toda la leche que pudiese. Pero ya lo hago.

La idea de que lo encontraría arriba al volver, y el hecho de atravesar la calle y subir la escalera, devolvieron a Anna la tranquilidad y la fuerza para afrontar el suceso que de repente se le aparecía con todo su terrible peso natural.

Karl no había traspasado aún la puerta, angustiado por la idea de que le hubiera sucedido algo a Anna, de que quizá hubiese muerto a consecuencia de un parto prematuro. Se veía de pronto en la vía del tren, entre los raíles, oponiendo el pecho y los brazos a la locomotora lanzada contra él: un destino que había que detener a cualquier precio.

En esto oyó unos pasos que reconoció enseguida. Nadie en el mundo subía de aquel modo la escalera. La alegría lo hizo volverse rápido.

—¿Ya estás aquí? ¿Qué ha pasado?

Estaban en el umbral de la puerta, frente a frente.

—He recibido una carta de mi marido.

«¿Y si te ha engañado y está ya con otro hombre?». Tumbado sobre la hierba de la estepa oía la respuesta de Richard: «¡Para lo que a ti te iba a importar! Y lo que es a Anna, la...». Y vio a Richard alzar el azadón y dejarlo caer con ímpetu sobre la cabeza de Anna.

Pero no lo ha engañado. Todo esto es muy distinto, pensó, e hizo entrar a Anna, que dejó su paquete y se sentó, mirando fijamente a Karl. «Cuéntamelo todo ahora», dijo, pasiva y dispuesta a aceptar la verdad y el destino como si hubiese dicho: «Venga lo que venga, no puedo obrar de otro modo. Y aunque al volver me mate, no cederé».

Tampoco él cedía. Era un hombre que no aceptaba el destino sino después de haber combatido con la inteligencia y con la voluntad, con el cuchillo y con los dientes, hasta el fin. «La muerte sí, pero no la renuncia», pensó, y comenzó a relatar.

Velaron hasta muy entrada la noche. Los cuatro veranos en la estepa, en cuya infinita soledad un día era igual a otro, y los meses de invierno en el vasto barracón del campamento de prisioneros desfilaron ante ella. Karl no silenció nada. Le satisfacía mostrar a Anna su alma enteramente desnuda y hacerle saber cómo había nacido su amor y cómo había ido creciendo inmensamente.

Muchas veces interrumpió Anna su relato con preguntas a las que respondió como se hubiera respondido a sí mismo.

—En una ocasión, me dijo Richard: «Quiero a Anna como un marido quiere a su mujer. Y lo mismo ella a mí. Me quiere porque soy su marido. Es una mujer muy razonable». Y entonces, Anna, te vi de repente de pie en una avenida, en la avenida. Esperabas. Caía la tarde. No había allí nadie más que tú. Aquello me impresionó profundamente. Estabas allí y esperabas, no puedo explicártelo de otro modo. Era como si no fuese en la tierra. Y desde aquel momento todo lo demás acabó para mí. No te separabas ya de mi lado. Te veía día y noche. Desde aquel momento supe todo lo tuyo.

Anna había cerrado los ojos y se había inclinado hacia él. Sus mejillas se juntaron. El tiempo y la vida quedaron suspendidos en un instante de la más honda felicidad, una felicidad que nunca llega a ser otorgada al hombre, porque junto a ella se alza el dolor de la vida, la cual vuelve a emprender enseguida su ciego andar.

—Si él no me deja, no podremos seguir viviendo juntos.

—Si no, hay otro medio —respondió él con mirada sombría. Una vez más, su voluntad de morir, si era preciso, arrancó a la vida sus segundos más puros.

En el modo en que ella preparó la cena y él se puso a trabajar, sintieron ambos que las faenas de la casa, la comida y el trabajo, los hechos cotidianos, las ideas y los sentimientos, habían perdido todo peso, todo sentido y todo valor presente. Su existencia entera quedó ocupada por la espera. Su vida entera fue una espera que devoraba toda vida.

Karl dejó el trabajo y leyó de nuevo la carta de Richard, sentado a la mesa con la cabeza apoyada en los dos puños como para un trabajo difícil.

«... Hoy proseguimos la ruta, atravesando todavía campos de minas», leyó en voz alta. De su sangre saltó en aquel instante a su cerebro un deseo: «Quizás...». No dijo más.

Anna sintió y comprendió en el acto lo que Karl callaba, y tuvo que bajar los ojos.

Habían rozado aquella parte del ser de la que surge, como un rayo de sombra, la culpa.

Pero al levantar los ojos y fundir sus miradas, sintiendo el misterio inescrutable de su amor, que se oponía al derecho de Richard, volvieron a encontrarse a sí mismos, libres del deseo de que Richard muriese y dispuestos a pagar si era necesario.

Esta elevada unión de dos seres, en la que arde oculto el sentido de toda existencia, otorga el poder de vencer muchos peligros que hubieran llevado a otros hombres a una catástrofe, muchos obstáculos, la enfermedad y hasta la misma muerte.

Llegó noviembre. La gruesa costra de hielo rojo que cubría Europa, hecha de sangre congelada y de millones de destinos fatales, quedó rota. Las dinastías desaparecieron. Las exhaustas ciudades se inundaron de soldados.

Empezó el intercambio de prisioneros. Varios de los inquilinos del edificio, cautivos en el extranjero, habían regresado. Karl y Anna esperaban. Richard podía abrir la puerta en aquel mismo instante. Y podía tardar un mes; o un año; o no volver.

Karl vivía en un total embotamiento de la sensibilidad y de la voluntad. La separación hubiera quebrado su vida como un cristal. Anna deseaba a veces que la solución, aunque fuese una catástrofe, llegase cuanto antes, para verse libre de aquella oscilación entre la esperanza y la desesperación que acepta la muerte.

Los vecinos le contaban las querellas conyugales surgidas al volver los maridos. Uno de aquellos casos amenazaba con tener un desenlace particularmente desgraciado, pues el marido, habituado a disparar, ya había empuñado en una ocasión su revólver de campaña. Y eso que aún no sabía lo más importante.

Karl fue amenazado con el despido porque se negó a dirigir la instalación de la nueva maquinaria de una fábrica de harinas situada lejos de la ciudad. Todos los días, a los dos minutos de salir de su casa y tomar el tranvía, la inquietud y la angustia ante

la idea de que Richard hubiese regresado durante su ausencia se apoderaban de él y le atormentaban durante todo el día en el taller, sin dejarle un momento de reposo, hasta que volvía a la vivienda.

Una mañana, cuando ya había recorrido buen trecho en el tranvía, tuvo que apearse, convencido de haber visto a Richard en un coche que pasaba en dirección contraria. Corrió hacia casa y desde lejos vio entrar en ella a un soldado con su largo capote gris. Al llegar al portal tenía la sensación de haber recibido en el pecho un formidable puñetazo que lo hubiera dejado aturdido. El momento terrible había llegado. Subió despacio la escalera. Delante de la puerta volvió a sentir el vértigo. No supo cómo consiguió abrir.

Allí no había ningún soldado. Anna estaba sentada junto a la ventana, inactiva e inmóvil. Esperaba. No se le hizo extraño ver a Karl ni pareció advertir su expresión demudada.

Sin mediar palabra se acercó a ella, estrechó la cabeza de Anna contra su pecho y salió de nuevo en silencio.

VI

Un largo tren —tan largo que desde una estación se veía aún el último vagón cuando la locomotora había alcanzado ya la estación siguiente— avanzaba lenta y trabajosamente, como un carro que se abre paso por las calles de la ciudad después de una fuerte nevada.

Hasta en las plataformas se amontonaban los soldados, sentados o de pie, prisioneros liberados, repatriados de todo género, con sus maletas, morrales y paquetes. De todas las ventanillas sobresalían bultos, espaldas y cabezas. Hasta en el vagón para el ganado («Para ocho caballos»), falto de la ancha puerta corredera, se amontonaba una masa humana y gris. El tren, que tenía capacidad para tres mil personas, llevaba diez mil. Un convoy de miseria que reptaba a través del empobrecido país.

En cubrir su trayecto tardaba diez veces más que de costumbre. Los trenes ya no tenían horario. El maquinista tenía que parar frecuentemente en ruta para esperar a que la locomotora alcanzase presión suficiente. La máquina estaba vieja, y el combustible se componía en gran parte de polvo y piedras.

Un ciclista que avanzaba por la nevada carretera seguía la marcha del tren sin esfuerzo alguno y charlaba tranquilamente con los soldados asomados a las ventanillas.

—Sí, sí, la revolución. Ahora todo va a cambiar. Todo.

Y cuando el tren se detuvo una vez más, subió también. Ya no había billetes. Ya no había nada.

En un departamento de un gris crepuscular y tan sombrío como un subterráneo, apestando a humo, humedad y sudor rancio, un soldado, que volvía de un país donde todavía se encontraba chocolate, extrajo de su capote una pastilla de aquella preciosa sustancia, envuelta en papel de plata.

—¿De dónde ha sacado usted eso? Me interesa de veras. Sí, ahora ya me interesa —dijo un bávaro, sonriendo pálidamente.

—Déjeme olerlo. ¿Es auténtico?

El otro se lo dejó oler. Todos los ojos permanecían fijos en el chocolate que, en el papel de plata, relucía como una estrella en el infierno.

En medio de un solemne silencio, interrumpido a veces por algunos chistes de grueso calibre, el poseedor del chocolate cortó con su navaja un trocito minúsculo para cada uno de sus camaradas y volvió a meterse el resto en el bolsillo del capote:

—Esto es para mis chicos, ¿sabéis?; para mis chicos.

Luego sacó las fotografías de su mujer y de sus hijos. Unos después de otros fueron sacando de la cartera las fotografías de los suyos. Los retratos pasaron de mano en mano. Las anécdotas, las descripciones y las exclamaciones se entremezclaron.

Voces quebradas por la emoción y lágrimas contenidas. Aquellos hombres que volvían no poseían nada. Nada más que su nostalgia.

Richard devolvió el retrato al dueño del chocolate:

—Yo no tengo ninguno de mi mujer. Ya me ha dolido bastante no poder ver cómo era ella en todos estos años. Pero ya falta poco.

—Ahora va usted a verla al natural —dijo el bávaro, que continuaba sonriendo pálidamente. Llevaba un traje oscuro de paisano, un sombrero flexible y una barbita puntiaguda. Había hecho de pie todo el trayecto, sujetándose con una mano a la rejilla y siempre con algo que decir a cada uno.

Una sacudida corrió a lo largo del tren. Otra parada. Estaban ya acostumbrados. La conversación prosiguió. Richard saltó por encima de los bultos, las piernas y los cuerpos de los camaradas y se deslizó a través de la ventana, pues la portezuela estaba obstruida por los equipajes.

De casi todos los vagones salía algún soldado. Se estiraban bostezando y se desabrochaban los últimos botones del capote. También los retretes servían de alojamiento a los repatriados, o resultaban inaccesibles por la cantidad de bultos acumulados a su puerta.

Richard dio prudentemente algunos pasos, cojeando. Probaba si aún podía andar. Poco antes del regreso le había pasado la rueda de un coche por encima de la pierna. Llevaba quince días viajando en tren día y noche. Después de asegurarse de que el tren seguiría detenido algún tiempo, se alejó con dificultad un buen trecho, se sentó sobre la nieve y se remangó el pantalón. La pierna, desde el tobillo a la rodilla, tenía el color verde oscuro de las ciruelas sin madurar.

Los demás habían subido ya al tren. Richard se alzaba solitario en una deslumbrante superficie nevada sobre la cual se destacaba, recortada con nitidez, su negra silueta: anchas espaldas, gorra sin insignias y capote militar hasta los tobillos. Entre la intrincada maraña de sus pobladas cejas y su barba hirsuta, que sólo dejaba libre la nariz, sus ojos miraban como los de un animal solitario que busca su manada.

Sucio, piojoso, hirsuto, al acercarse —negra expectoración de la guerra, forma sombría sobre la nieve— a un medio de transporte del siglo XX parecía un superviviente de las edades primitivas que acabase de salir de su caverna.

Pensaba: «Dentro de dos horas estaré allí, en nuestra casa, con Anna». A la cual, en aquel mismo instante, decía la comadrona: «Todo va bien». Anna, aunque no sentía molestia ninguna, se había hecho reconocer, cediendo a las insistencias de Karl.

—¡Toda una estampa! Y figúrese la de mujeres que he visto yo. ¡Dios mío, si lo supiera! Pero usted es una mujer soberbia. Da gusto verla —dijo sonriendo la vieja. Anna yacía sobre la otomana, blanca y desnuda. En la habitación caldeada se expandía el aroma de las manzanas asadas.

La negra cabeza hirsuta de Richard apareció en el marco de la ventanilla. Agarrándole de los brazos lo introdujeron sus camaradas en el compartimiento.

Anocheía ya cuando el tren alcanzó las primeras casas de los suburbios y pasó por delante de la fábrica en la que Karl estaba aún trabajando.

Sus compañeros de viaje, que habían trabado amistad durante el largo trayecto y habían seguido con gran interés las más insignificantes conversaciones, hablaban aún unos con otros. Pero ya no respondían sino a medias y con mirada distraída. Todos estaban como ausentes, cada uno ya entre los suyos con el pensamiento.

Excepcionalmente equilibrado tanto en lo físico como en lo moral, Richard no podía ser arrancado de su firme calma por los acontecimientos, ya fueran dichosos ya desgraciados, mientras los mismos se desarrollaran dentro de ciertos límites, en realidad muy amplios.

Las mortificaciones del campamento de prisioneros, cotidianas, constantes, a veces crueles y siempre humillantes, que habían ido doblegando paulatinamente a muchos de sus camaradas hasta despojarlos del último resto de personalidad, no habían hecho mella en él. Mientras las cosas no sobrepasaran la medida que él podía soportar, permanecía inmovible, dejándolas llegar una tras otra, como si para él careciesen de toda realidad.

Una sola vez se hundió de pronto su firme dique interior. Después de una dura jornada de trabajo había regresado, hambriento, al barracón. El vigilante, sin mediar palabra y sin el menor motivo, le arrancó de las manos la gamella, vertió el rancho en el suelo, pisoteado y negro, y se lo señaló vociferando: «¡Cómetelo ahí, perro!». Luego le asestó un puñetazo en la cara.

Tampoco entonces dio Richard muestra alguna de emoción. Pero quedó de pronto como una máquina desconectada por el ligero desplazamiento de una palanca, que sigue funcionando como antes pero en vacío. Sin apresurarse, pero tampoco más lentamente que de costumbre, salió del barracón, atravesó el patio, entró en el depósito de herramientas y cogió su pico. Sabía perfectamente que dos horas después de matar al vigilante sería fusilado. Pero eso no dependía ya de él. El otro es quien debía haberse cuidado de no llevar el insulto tan lejos. Ahora no había ya nada que pensar. No había remedio. Era natural que matase al vigilante como antes lo había sido que aceptase impasible, como hechos inevitables, todas las demás mortificaciones.

Cuando regresó, el vigilante no estaba ya en el barracón. Un puro azar, el relevo del vigilante en aquellos momentos, había salvado su vida y la de Richard.

Cuando el tren entró, por fin, en la estación de destino y detuvo su marcha, Richard se despidió de sus compañeros con aquella calma serena y a un tiempo vigorosa tan naturalmente suya como su propia cabeza, y cruzó solitario y cojeando, con su paquete bajo el brazo, la plaza de la estación. En esos mismos instantes Anna ponía la mesa para la cena y Karl salía de la fábrica.

Ni el deseo ni la alegría apresuraban el paso de Richard. Los cuatro años de continua nostalgia le habían enseñado a esperar. Ahora estaba llegando a la meta.

Podía decirse que estaba ya al lado de Anna, y el hecho de verla realmente no agregaba nada a su dicha.

Sólo una alegría totalmente inhabitual en él, fluctuante, inaprehensible y ligera como un milano, revoloteaba en torno de su grave certidumbre como una mariposa alrededor de un elefante.

El camino era largo. Los tranvías no funcionaban ya por aquellos días. A Karl le quedaba todavía un tercio del trayecto que tenía que recorrer desde la fábrica a su casa. Pero iba a buen paso y sus piernas estaban sanas.

Una vez dispuesta la cena, Anna salió a comprar pan. Al caer la tarde y saber que Karl pronto estaría a su lado se sentía siempre más tranquila.

Un camión vacío, abierto por detrás y tirado por dos robustos percherones, adelantó a Richard. El conductor, al ver a aquel repatriado que avanzaba cojeando penosamente, lo invitó a subir. Richard trepó por la parte trasera. Los caballos emprendieron un trote corto.

Tuvo que hacer a pie el último trecho. En el portal charlaba Maria con el amigo de su hermana. Richard examinó el edificio. Cuatro años antes era nuevo. La fachada parecía ahora muy estropeada.

—¿Busca usted a alguien de la casa? —dijo el mecánico, y la amiga de Anna, tan fácilmente impresionable, miró, conmovida, a aquel repatriado hirsuto, cuyo férreo aspecto, rebosante de fuerza, mostraba la honda huella del peso monstruoso de los años de guerra.

La desacostumbrada alegría que le poseía le hizo responder:

—¡Ya lo creo! A mi mujer. —Y dijo el nombre de Anna—. Supongo que todavía vivirá aquí.

—Sí, pero... —comenzó Maria desconcertada; y no supo continuar.

—... Pero la señora Anna no puede tener más que un marido y no dos a la vez —terminó con aire divertido un obrero joven que estaba también en la puerta. Richard había pasado ya.

Cojeando, barriendo los escalones con el largo capote militar, sucio, fatigado y encorvado, subía Richard la escalera como si durante cuatro años hubiese caminado a través de la soledad y el espanto, la miseria y la amargura, para llegar allí.

Anna oyó aquel paso, torpe y desigual, que sonaba como si dos hombres subiesen portando una pesada carga. Tenía el aspecto luminoso que presentan a veces las mujeres que esperan un hijo.

Richard abrió sin llamar. En el umbral apareció un desconocido.

También Anna permaneció muda. Callaba, interrogando, con la mirada fija.

Con una ojeada circular Richard tomó posesión del cuarto.

—¿No me reconoces, Anna?

No, no lo reconocía. No lo hubiera reconocido en la calle. Sabía que era él, que tenía que ser él. Sintió que se le retiraba la sangre de las manos y los pies afluyendo a su cabeza en una ola ardiente que estremeció todo su cuerpo.

Richard avanzó y le tendió una mano, en la que ella depositó la suya, helada. Después vio cómo, con incomparable naturalidad, le acercaba la cara, una maraña de pelos en la que debía de esconderse una boca. Su cabeza se desvió instintivamente:

—¿Demasiado sucio? Sí... el viaje.

Sólo entonces dejó el hatillo sobre la misma silla en que Karl había depositado el suyo; se quitó el capote y lo mantuvo en el aire cogido por el cuello, sin saber dónde dejarlo, dándose cuenta, de repente, del contraste de aquella espesa y larga costra de suciedad con la limpieza reluciente de la habitación.

Lanzó una nueva mirada circular, en la que resplandeció ya el goce anticipado de su felicidad: poder vivir en aquel cuartito estupendo, tan agradablemente caldeado, tan cómodo y tan limpio. Al detener los ojos en Anna no pudo ya contener su alegría:

—¡Anna! ¡Querida Anna! Has tenido que esperar tanto tiempo que ahora te asombra verme aquí.

Y Anna, que se había propuesto mil veces decírselo todo en el primer momento, mintió con su silencio. No podía cometer el asesinato. Durante meses enteros había cavilado, día y noche, sobre aquel regreso, pero ahora, frente a la realidad, era cuando se sentía penetrada hasta la médula por la terrible gravedad de lo sucedido.

No podía hablar. Le era imposible pronunciar una sola palabra. Toda lucha era inútil. Richard, desconcertado, la vio dirigirse a la puerta y salir, rígida como un cadáver que de repente echase a andar.

Por las escaleras, a través de los patios, calle abajo, corrió al encuentro de Karl.

Pero éste, como los tranvías no circulaban, había seguido un camino distinto, atajando por una calle transversal, y cuando desembocó en su calle, Anna ya estaba lejos.

El joven obrero que antes había expresado la imposibilidad de que Anna tuviera a la vez dos maridos permanecía aún en el portal, fumando, y siguió con la vista a Karl mientras sonreía interesado:

—Vamos a ver qué pasa ahora —dijo a dos camaradas suyos a los que había contado lo sucedido.

Gran parte de los vecinos sabía ya que había llegado un soldado que afirmaba ser el marido de Anna.

Karl atravesó el patio espiado por la curiosidad de los inquilinos asomados a las ventanas.

Desde que el regreso de Richard pendía sobre ellos como algo fatal, Karl y Anna vivían en un mundo irreal en el cual nada ni nadie podía penetrar, y estaban tan ligados uno a otro que la acción más mínima se convertía en una prueba de amor.

Sin haber buscado nunca el motivo, Karl refrenaba siempre su andar al llegar al primer piso. También aquel día experimentó, al hacerlo, la sensación de que Anna le esperaba con ansia.

Abrió la puerta, seguro de que Anna había oído sus pasos y se disponía a recibirlo con el mismo infinito amor que él.

La impresión fue fulminante y brutal, sólo comparable a la de un hombre que acabase de salir de su cuarto y al volver a él cayese en el vacío, por haberse derrumbado el piso.

—¿Tú? —dijo Richard estupefacto. Pero no perdió la calma. Dejando caer la camisa sucia en el paquete abierto, continuó—: ¡Quién iba a decirme que volvería a verte tan pronto! Porque te advierto que no hace ni cinco minutos que he llegado. Coge una silla. O si quieres, siéntate allí, en la otomana.

Hubo algo que impidió a Karl preguntar: «¿Dónde está Anna?». Se sentó en la otomana.

Richard conservaba su interna alegría apenas perceptible, una alegría como sólo podía sentirla un hombre de su temple, férreo y macizo, que, después de un inmenso esfuerzo, alcanza, completamente indemne, su fin.

—¿También tú vives en esta casa? ¿Has cenado ya? ¿Cuándo has vuelto? Anna no puede tardar y nos dará de comer. La mesa ya está puesta.

Con la contenida alegría de un niño ante los regalos de Navidad, contemplaba la mesa, apetitosamente dispuesta, y volvía luego, gozoso, sus ojos a Karl, como si quisiera decirle: «Fíjate qué bien voy a vivir. Anna es así. Esto va a compensarme de todo lo pasado».

Karl, sintiendo un peso cada vez mayor sobre el corazón, veía a Richard vaciar su hatillo, colocar las prendas limpias en la cómoda y dejar las sucias sobre una silla en un rincón.

—Anna tendrá que lavar todo esto enseguida. Tendrá que hacer una buena colada.

Sin detenerse a recordar un solo instante, perfectamente familiarizado con el lugar y con las cosas, abrió el primer cajón de la cómoda y colocó sus papeles en el rincón de la derecha, donde siempre habían estado.

—¿Por qué no te quitas el gabán? ¡Quién iba a decir que nos encontraríamos tan pronto!

«Era imposible que yo le preguntase por Anna viéndolo desde el primer momento tan poseído de su papel de amo de casa... Pero tengo que contárselo todo. Ahora mismo».

Esta resolución hizo desaparecer en el acto la parálisis interior que le atenazaba y borró cualquier otro sentimiento. «Me va la vida», pensó, con todos sus nervios ya en tensión y penetrado de la helada serenidad del hombre que va a un duelo decidido a matar a su adversario o morir él en el terreno.

—Ya está aquí Anna —dijo, poniéndose en pie.

Richard no vio el abismo abierto en el tono con que Karl pronunció aquellas cuatro palabras.

Bañada en sudor, con el pelo pegado a la frente y los ojos muy abiertos, entró Anna, tambaleándose.

—¿Está aquí?

Miró sin ver, y cayó en los brazos de Karl que, al estrecharla contra su pecho, sintió nacer en él, bajo el hielo, un ardiente foco de felicidad.

Richard se acercó, sobresaltado, pero todavía sin presentimiento alguno.

—¿Qué te pasa? ¿Estás enferma?

Anna tuvo aún fuerzas para desprenderse de Karl, y fue a apoyarse en la pared, mirando fijamente ante sí, aturdida y deshecha.

Karl tuvo la sensación de disparar un tiro cuando dijo:

—Tienes que dejar marchar a Anna.

Richard no podía comprender. Aquello venía de muy lejos y necesitó mucho tiempo para llegar a él. Antes de que llegara, tuvo tiempo de pensar: «Si ha estado con ella los tumbaré a los dos». Pero ya el latido siguiente de su corazón lo encontró dispuesto a perdonar, por miedo a perderla para siempre.

—¿Qué ha pasado? —preguntó. Y de nuevo sereno, pensó: «¡Qué tonterías dice Karl! ¡Imaginaciones tuyas!».

—Vamos, Anna, habla de una vez. ¿Qué ha pasado?... ¡Anna!

No obteniendo respuesta, avanzó hacia Anna.

Karl se interpuso:

—Anna es mi mujer. Yo te lo explicaré todo.

Richard advirtió entonces que Anna estaba encinta.

—¡Ah! ¿Era eso? ¡Qué tienes entonces que explicarme, canalla!

A pesar de todo, conservaba su extraña calma, aquella fría impassibilidad con la que salió del barracón y fue a buscar el pico para matar al vigilante.

«La ha conseguido una vez; Anna ha estado con él una sola vez y se quedó embarazada. Eso es lo que quiere explicarme el muy canalla. Por lo que toca a Anna y al embarazo, ya me las arreglaré yo. Pero lo que este perro me ha hecho es demasiado fuerte». Sabía dónde estaba el hacha y fue a cogerla.

El golpe que había de aniquilarle vino, imprevisto, de otro lado. Anna se adelantó rápida:

—No puedo vivir ya más que con él. Mátame si quieres. Las cosas han venido así, Richard; han venido así.

—¿Qué dices, Anna? ¿Que no puedes vivir más que con él?... ¿Y a mí, Anna? ¿No me quieres ya? ¡A mí!

—No puedo hacer otra cosa, Richard. Me es imposible.

Aquello no podía soportarlo, no podía aceptarlo. Pero tampoco podía ya atacar, herir. Como si toda su fuerza interior se hubiese venido abajo, se desplomó en una silla, junto a la mesa. No podía creerlo:

—¿No puedes?... ¿Por qué, Anna, por qué?... ¿No puedes? ¿Le quieres sólo a él?

También Richard quería luchar aún por la luz de su vida cuando aquella luz se había extinguido ya.

—¿Pero qué ha pasado? Explícate, Anna. Dilo de una vez —suplicó enloquecido, intentando levantarse—. Entonces tengo que... tengo que...

No sabía lo que tenía que hacer. Cayó de nuevo en la silla y no volvió a pronunciar palabra.

Ante aquel hombre aniquilado, sucio, hirsuto y desvalido, que había perdido ya de niño la facultad de llorar, y clavaba ahora sus ojos secos en el vacío, Anna sintió que la compasión desgarraba su pecho. Pero a partir de aquel instante desapareció su angustia.

Oyó la voz de Karl, diciendo: «Debemos irnos», y empezó a meter algunas cosas en una maleta. Tuvo que pasar varias veces junto a Richard y su mirada tropezó con él otras tantas, pero ni por un momento surgió en ella la idea de dejarse arrastrar por la compasión y permanecer a su lado, pues no hay en el mundo nada tan cruel como el amor, en el que la máxima entrega, llevada hasta el más absoluto olvido de uno mismo, se da junto al más mortal egoísmo.

Maria llamó tímidamente a la puerta y entró atemorizada. Nadie habló. Ayudó a Anna y fue testigo de la fría ejecución.

Anduvieron de un lado para otro, abriendo cajones y haciendo paquetes. Richard no veía ni oía nada. Ante su visión interior desfilaban imágenes de su pasado con Anna. Todo había sido grato. Irguió el cuerpo e hizo un movimiento como si quisiera interrogar aún, una vez más, arriesgarse a una nueva tentativa. Pero volvió a doblar la cabeza en silencio.

Anna había terminado. Dejó la maleta en el suelo: «Richard», y la volvió a coger.

—Puedes irte —dijo él, y por primera vez se hizo visible su boca, muy abierta, entre la barba enmarañada.

Anna no se atrevió a tenderle la mano, miró a Karl y a Maria, sin saber qué hacer, y se dirigió hacia la puerta.

Karl se sentía perplejo como el abogado defensor de un condenado a muerte que va a hacer al reo su última visita, una hora antes de la ejecución, y al despedirse no sabe si decirle «Que le vaya bien», «Buenos días» o alguna otra cosa. Por fin salió en silencio. Por las mejillas aterciopeladas de Maria, de un cálido tono uniforme y mojadas ya por el llanto, seguían resbalando las lágrimas.

Ya en el descansillo del segundo piso había un grupo de vecinas que dejaron pasar en silencio a los amantes. Otros inquilinos que se habían reunido en el segundo patio, ante la puerta, y comentaban ruidosamente el caso, abrieron paso a la pareja y echaron luego a andar detrás de ella.

La horda infantil y las dos delgadas garzas cogidas del brazo y azules de frío se agregaron al grupo. En las ventanas aparecieron rostros indignados. Resonaron gritos irritados. El primer insulto desencadenó una avalancha.

Los vecinos de la casa, que no se habían opuesto jamás a los públicos amoríos de otras mujeres casadas, ni se habían ocupado casi de ellos, se mostraban indignados por la mentira de Anna y la astucia con la que durante medio año había abusado de la confianza y la credulidad de todo el barrio.

Maria, agotada de emoción, sublevada ante los insultos, se volvió hacia el grupo que seguía de cerca a la pareja y gritó sollozando:

—¡También ella creyó que era su marido!

Las voces y las risas repercutieron en los muros del portal. Y así fue como salieron de la casa.

Karl llevaba la maleta.

El grupo los siguió por la calle nevada.

Sólo al cabo de bastante tiempo comenzaron a quedarse rezagados algunos. Los jóvenes siguieron todavía otro trecho. Uno de ellos hizo una bola de nieve y la lanzó contra la pareja. Luego también dio media vuelta con las manos metidas en los bolsillos del pantalón y la cabeza entre los hombros.

—Sube a casa, Maria. Hazle compañía un rato —rogó Anna.

Maria ya se había propuesto no dejar solo a Richard. Empezó el regreso. Pero a los diez pasos, reintegrada ya a su alegría natural, se detuvo y gritó con una voz tan clara como el son de las campanas y penetrada del goce de vivir:

—Adiós, Anna, adiós.

Los amantes llegaron a la vasta superficie sin edificar que se extendía entre la ciudad y el suburbio. La nieve nueva, espesa e intacta, ahogaba sus pasos.

Desembocaron en la avenida en la que Karl, desde la estepa, había visto a Anna esperando. La luna y la nieve iluminaban la noche. Las ramas desnudas proyectaban dibujos de sombras enlazadas en la blanca superficie. Las estrellas brillaban frías.

No hablaban, no pensaban. Caminaban en el misterio insondable. Sólo la muerte podría ya separarlos.



LEONHARD FRANK (Wurzburgo, 1882 – Múnich, 1961). De origen humilde, se empleó en múltiples trabajos: mecánico, chófer, pintor de brocha gorda, celador de hospital... Guiado por su talento para la pintura, estudió Bellas Artes durante seis años en Múnich y en 1910 se instaló en Berlín.

Humanista, pacifista y antifascista, Frank creyó siempre en el poder transformador de la literatura. Ya con su primer libro ganó el prestigioso Premio Fontane, al que seguirían otros importantes galardones, como el Kleist, la Medalla de Plata de Wurzburgo, el Kulturpreis de Núremberg y la Orden del Mérito de la República Federal de Alemania.